

Boletín Eclesiástico

ÓRGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA

FUNDADO EL 22 DE ENERO DE 1876 POR EL ARZOBISPO DON PEDRO LOZA Y PARDAVÉ

SUMARIO

SECCIÓN PONTIFICIA

Actividades de la Santa Sede del 15 de septiembre al 14 de octubre del 2015.....3

SECCIÓN ARQUIDIOCESANA

Actividades de la Arquidiócesis de Guadalajara del 15 de septiembre al 14 de octubre del 2015...13

DOCUMENTOS ARQUIDIOCESANOS

CIRCULARES.....16

NOMBRAMIENTOS.....20

COLABORACIONES

Pedro Loza, constructor

Tomás de Híjar Ornelas.....24

Corona fúnebre en honor del señor presbítero don Procopio del Toro.....41

Doctorado Honoris causa de Santa Teresa de Jesús

Saverio Cannistrà, O.C.D.55

La llevada de la Virgen de Zapopan en 1958

Federico Vázquez Tapia66

DIRECTORIO

Director: Pbro. Tomás de Híjar Ornelas
Consejera editorial: Mtra. María Palomar Vereá
Censor ad casum: Mons. G. Ramiro Valdés Sánchez
Secretaria: María Lorena Flores Díaz
Diseño de Portada: Lic. Gustavo de Híjar Sánchez
Fotografía de las ilustraciones: Diego Espejel Jiménez

BOLETÍN ECLESIAÍSTICO. ÓRGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA, Año IX, No. 11 02 de noviembre del 2015, es una publicación mensual publicada por la Arquidiócesis de Guadalajara, A.R., con domicilio en Alfredo R. Placencia 995, colonia Chapultepec Country, C.P. 44620, Guadalajara, Jalisco, Tel. (33) 10365605, www.arquidiocesisgdl.org.mx, email: boletineclesiastico@yahoo.com.mx. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2012-071913232700-106, ISSN: 2007-3801, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Impreso por Innovación Gráfica, con domicilio en Hacienda Chimeca No. 9, colonia Francisco Villa, Tonalá, Jalisco; este número se terminó de imprimir el 02 de noviembre del 2015 con un tiraje de 1000 ejemplares.

El contenido de los comunicados oficiales suscritos por la autoridad eclesiástica que se publican en este Boletín los asume la Arquidiócesis de Guadalajara. Las opiniones expresadas en las crónicas, colaboraciones y reseñas de libros, son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la postura de la Arquidiócesis.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Arquidiócesis de Guadalajara, A.R.

Suscripción anual 800 pesos, incluyendo los gastos de envío por correo local, pago directo en caja de la Arquidiócesis de Guadalajara, A.R. en el domicilio de su ubicación. Ventas al menudeo en las librerías del Arzobispado de Guadalajara, (Liceo 17 y Alfredo R. Placencia 995), en el Archivo Histórico de la Arquidiócesis (Reforma y Pedro Loza); también en la calle de Morelos 525. Precio unitario por ejemplar 55 pesos.

Actividades de la Santa Sede del 15 de septiembre al 14 de octubre del 2015

Sección a cargo del Pbro. Tomás de Híjar Ornelas,
cronista arquidiocesano

SEPTIEMBRE

15. “La Iglesia es madre”, no “una asociación rígida” que, al final, se vuelve “huérfana”, sostuvo el Papa Francisco en la homilía de la misa que presidió en la capilla de la Casa de Santa Marta, ante los nueve Cardenales consejeros, quienes mantienen reuniones con el Santo Padre. Esa “maternidad” se expresa en las actitudes de humildad, bondad, perdón y ternura, enfatizó el Santo Padre.
16. El director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Padre Federico Lombardi S.I, informó que la undécima reunión del Consejo de Cardenales con el Santo Padre analizó la propuesta de una nueva congregación llamada, de forma indicativa, “Laicos, Familia y Vida”. Por otro lado, el Papa recibió en audiencia a los ministros de Medio Ambiente de la Unión Europea, que afrontarán en breve la adopción de los Objetivos de Desarrollo Sostenible y el Cop 21 en París.
17. Ante el Primer Ministro del Gran Ducado de Luxemburgo, Signor Xavier Bettel, el Papa reiteró la voluntad de consolidar las buenas relaciones entre la Santa Sede y el Gran Ducado de Luxemburgo, que ahora ocupa la presidencia de turno de la Unión Europea, a propósito de la necesidad de suministrar una asistencia adecuada a los prófugos y a los refugiados, y la situación de las minorías religiosas perseguidas.
18. La Specola Vaticana, uno de los observatorios astronómicos más antiguos del mundo, sostuvo un simposio internacional en el marco del ochenta aniversario de su traslado a Castel Gandolfo: “El mundo es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que

contemplamos con jubilosa alabanza”, dijo ante sus participantes, el Papa Francisco, quien este día participó en un programa organizado por “Scholas ocurrentes”-una iniciativa para el diálogo entre los estudiantes de escuelas de diversos países, culturas y religiones, en el que participaron dos grupos de estudiantes de La Habana y Nueva York.

19. Con el lema “Misionero de la Misericordia”, el Santo Padre comenzó en Cuba su décimo viaje apostólico, siendo recibido en el aeropuerto José Martí, de La Habana, por el Presidente de Cuba, Raul Castro y por el cardenal arzobispo de La Habana, Jaime Ortega y Alamino, a quien acompañaba el arzobispo Dionisio Guillermo García Ibáñez, Presidente de la Conferencia Episcopal. El visitante recordó el I Centenario de la declaración de la Virgen de la Caridad del Cobre como Patrona de Cuba a la que invocó para que Cuba “transite por los caminos de justicia, paz, libertad y reconciliación”, no menos que a los beatos Olallo Valdés y José López Piteira y al venerable Félix Varela.
20. El Papa presidió en la Plaza de la Revolución de Cuba, ante unas 200 mil personas, la Misa, dedicando su homilía a la importancia del servicio a los más frágiles, toda vez que “la importancia de un pueblo, de una nación, la importancia de una persona siempre se basa en cómo sirve la fragilidad de sus hermanos. Y en esto encontramos uno de los frutos de la verdadera humanidad. Quien no vive para servir, no sirve para vivir”. Después, visitó en el Palacio de la Revolución al Presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros, Raúl Castro, donde coincidió con Fidel Castro. En la catedral de la Inmaculada Concepción y de San Cristóbal de La Habana se encontró con los sacerdotes, religiosos y religiosas y seminaristas cubanos, a quienes recordó el valor de la pobreza tanto para los cristianos, como para los consagrados. En el Centro de Estudio Padre Félix Varela tuvo un encuentro con los jóvenes de Cuba.
21. El Papa se despidió de La Habana para trasladarse a Holguín, donde fue recibido por el obispo de esa diócesis, don Emilio Aranguren Etcheverría. En la Plaza de la Revolución Calixto García Iñíguez

celebró la Santa Misa, en la que a propósito de la conversión de san Mateo expresó: “yo también soy un pecador en el que Jesús puso su mirada”. Alentó las llamadas “casas de misión” que, ante la escasez de templos y de sacerdotes, permiten a muchas personas poder tener un espacio de oración, de escucha de la Palabra, de catequesis, de vida de comunidad. Por la tarde, desde la Loma de la Cruz, bendijo la ciudad antes de partir a Santiago de Cuba, a cuyo aeropuerto Antonio Maceo arribó, esperado por centenares de fieles y las autoridades locales, en cuyo seminario de San Basilio Magno sostuvo un encuentro privado con el episcopado cubano antes de visitar el santuario nacional de la Virgen de la Caridad del Cobre, a la que pidió que Cuba llegue a ser “hogar de hermanos y hermanas para que este pueblo abra de par en par su mente, su corazón y su vida a Cristo, único Salvador y Redentor”.

22. El Santo Padre celebró misa en la basílica de la Virgen del Cobre, donde recordó que “La presencia de Dios en nuestra vida nunca nos deja quietos, siempre nos motiva al movimiento. Cuando Dios visita, siempre nos saca de casa. Visitados para visitar, encontrados para encontrar, amados para amar” y posteriormente fue a la catedral de Santiago, donde sostuvo un encuentro con las familias cubanas y bendijo a la ciudad antes de volar a los Estados Unidos, donde fue recibido en la base aérea de Andrews, Washington D.C., por el Presidente Barack Obama. De allí se trasladó en automóvil a la nunciatura apostólica donde pernoctó.
23. Más de doscientas mil personas recibieron al Papa Francisco fuera de la Casa Blanca, en cuyo interior, ante 20 mil invitados especiales, el afirmó que como hijo de inmigrantes le alegraba estar en un país construido por tales familias; también recordó la importancia del derecho a la libertad religiosa y el deber de todos de preservarla y defenderla de todo lo que pudiera ponerla en peligro o comprometerla. Elogió la iniciativa de Obama para reducir la contaminación atmosférica. Luego, ante el pleno del episcopado, en la catedral de San Mateo, habló de los desafíos de una nación cuyos vastísimos recursos requieren responsabilidades morales no indiferentes en un mundo

que busca nuevos equilibrios de paz, prosperidad e integración, el imperativo de que los “crímenes” contra las víctimas de abusos no se repitan nunca más, la necesidad del diálogo frente al lenguaje duro y belicoso, la defensa de los excluidos, de los emigrantes y del ambiente. El Santo Padre canonizó a san Junípero Serra (1713-1784) “apóstol de California”, en una solemne misa en el Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción de Washington; el nuevo santo dijo que supo vivir “lo que es *la Iglesia en salida*, esta Iglesia que sabe salir e ir por los caminos, para compartir la ternura reconciliadora de Dios. Supo dejar su tierra, sus costumbres, se animó a abrir caminos, supo salir al encuentro de tantos aprendiendo a respetar sus costumbres y peculiaridades”. Luego, en el nuevo Seminario Arquidiocesano San Juan Pablo II, descubrió una placa conmemorativa de su visita y regresó a la nunciatura

24. El Santo Padre pronunció un discurso ante el Congreso de los Estados Unidos reunido en sesión conjunta, ante quienes subrayó que toda actividad política debe servir y promover el bien de la persona humana y estar fundada en el respeto de su dignidad. Posteriormente, sostuvo un encuentro con personas sin hogar en la parroquia de San Patricio, luego del cual se embarcó a Nueva York, donde celebró las vísperas en la catedral de San Patricio con el clero y los religiosos y religiosas, ante quienes envió un mensaje de condolencia a los “hermanos islámicos” por la reciente tragedia en la Meca.
25. El Papa Francisco pronunció un discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas, donde sostuvo un encuentro privado con el Secretario General Ban-Ki-moon antes de visitar el edificio de la Asamblea General donde se encontró en privado e individualmente con los presidentes de la 70ª Asamblea General, Mogens Lykkesøft (Dinamarca), de la 69ª Sam Kahamba Kutesa (Uganda), así como con el Presidente del Consejo de Seguridad, Vitaly Churkin (Federación Rusa). Pasó luego al hemiciclo de la Asamblea donde fue acogido con un gran aplauso por los Representantes de las Naciones, ante quienes ratificó su deber de construir la normativa internacional de derechos humanos y las operaciones de paz y reconciliación, no

menos que la cuestión del medio ambiente y la exclusión económica y social de buena parte de la población mundial. Reiteró que la guerra es la negación de todos los derechos subrayando la necesidad del “infatigable recurso” a la negociación y denunció las persecuciones religiosas. También puso en guardia sobre cualquier tipo de colonización ideológica y definió el narcotráfico como “una guerra asumida y pobremente combatida”. Después, participó en un encuentro interreligioso en la llamada Zona Cero, donde denunció “la lógica de la violencia, del odio, de la revancha”. Se trasladó a la zona de familias de emigrantes en Harlem, visitando la escuela Nuestra Señora Reina de los Ángeles para hijos de indocumentados. En el Madison Square Garden presidió la misa por la paz y la justicia, donde habló de “la escuela del encuentro”, única gracias a la cual se alcanza la paz que “nos libera de la guerra de la competencia, de la autorreferencialidad”, que “nace del reconocimiento del otro” y “surge en el corazón al mirar especialmente al más necesitado como a un hermano”.

26. El Santo Padre se trasladó a Filadelfia donde celebró misa con el clero y los religiosos y religiosas de Pennsylvania en la basílica de San Pedro y San Pablo, a quienes instó a apoyar a quienes emergiendo de las periferias existenciales están llamados a “construido comunidades para el culto, para la educación, para la caridad y el servicio a la sociedad en general”. Participó también en un encuentro con la comunidad hispánica y otros inmigrantes en el Independence National Historical Park, ante quienes subrayó la necesidad a defender la dignidad humana y a recordar el pasado para no repetir los mismos errores, afrontar con confianza los retos del presente y no temer a los del futuro. Por último, se dirigió al Parque Benjamin Franklin, donde encabezó la Fiesta de las Familias, institución a la que dedicó espontaneas y ardorosas palabras: la familia tiene carta de ciudadanía divina dijo.
27. El Santo Padre comenzó la última jornada de su viaje apostólico sosteniendo un encuentro en el Seminario San Carlos Borromeo con cinco víctimas de abusos sexuales por parte del clero, ante quienes se comprometió a evitar que en lo sucesivo los obispos no cumplan con

su responsabilidad de proteger a los menores o peor aún, ser ellos mismos los abusadores. Después, ahí mismo, se reunió con los obispos que participaron en el Encuentro Mundial de las Familias. Más tarde, visitó a los presis del Instituto Correccional Curran-Fromhold. Al comenzar la tarde, ante cientos de miles de personas, presidió, en el Parque Benjamin Franklin de Filadelfia, la misa de clausura del VIII Encuentro Mundial de las Familias, a quienes recordó que “el amor no consiste en que nosotros hayamos amado primero a Dios, sino en que Él nos amó primero”, añadiendo que “Amor que nos da la una certeza honda: somos buscados por Él, somos esperados por Él. Esa confianza es la que lleva al discípulo a estimular, acompañar y hacer crecer todas las buenas iniciativas que existen a su alrededor”. Cuando concluyó el acto, no sin antes reunirse con el Comité organizador para expresarle su reconocimiento, se trasladó al aeropuerto de Filadelfia, donde lo despidió el Vicepresidente Joe Biden.

28. Apenas arribó a Roma y antes de regresar al Vaticano, el Papa Francisco se detuvo en la basílica de Santa María la Mayor para rezar ante la imagen de la Salus Populi Romani y ofrecerle los frutos de este viaje apostólico.
29. Se presentó este día el Mensaje para la XXI Jornada Mundial de la Juventud que se celebrará en julio de 2016 en Cracovia, y cuyo lema es “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”, en el que se resalta la incansable fidelidad de Dios a la Alianza con su pueblo, al que ama y perdona eternamente, en atención a que su amor por su pueblo es como el de una madre por su hijo.
30. Este día, la Oficina de Prensa de la Santa presentó el Proyecto Baragli, titulado “On line todo el Magistero Pontificio sobre la comunicación. De Baragli a nuestros días”, encabezando el acto el arzobispo Claudio Maria Celli, Presidente del Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales, en el que se reúne y pone a disposición de un público cada vez más amplio una larga tradición de enseñanzas y reflexiones de la Iglesia sobre la centralidad de la comunicación”: más de 1.100 documentos traducidos a diversos idiomas, del siglo I al XX. El Papa recibió a los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, que participan

en el capítulo general de ese Instituto, a quienes pidió nunca olvidar que son “servidores y mensajeros del Evangelio especialmente para los que no lo conocen o lo han olvidado.

OCTUBRE

1. “Emigrantes y refugiados nos interpelan” será el título del mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado que se celebrará el próximo 17 de enero de 2016. En audiencia con el cardenal Angelo Amato SDB, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Papa autorizó la promulgación de los decretos sobre martirio de Valentín Palencia Marquina y de virtudes heroicas de Giovanni Folci, italiano, Fundador de la Obra del Divino, de Franciszek Blachnicki, sacerdote polaco, (1921 - 1987), de José Rivera Ramírez, sacerdote diocesano, del jalisciense Juan Manuel Martín del Campo Martín del Campo (1917 - 1996), sacerdote diocesano; de Antonio Filomeno Maria Losito, redentorista; y de Maria Benedetta Giuseppa Frey, monja cisterciense y de Anna Chrzanowska, polaca, oblata de las Ursulinas de San Benito.
2. El cardenal Lorenzo Baldisseri, Secretario General del Sínodo de los Obispos, informó en la Oficina de Prensa de la Santa Sede sobre la Asamblea General Ordinaria del Sínodo “La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo”, que se abre el domingo 4 de octubre y a la que asistirán 270 padres conciliares, divididos en las tres categorías siguientes: 42 de oficio, 183 por elección y 45 por nombramiento papal. La procedencia de los Padres de los cinco continentes es la siguiente: 54 de África, 64 de América, 36 de Asia, 107 de Europa y 9 de Oceanía. Pertenecen a los miembros de oficio: los jefes de los 15 Sínodos de los Obispos de las Iglesias Orientales Católicas sui iuris; los Jefes de los 25 dicasterios de la Curia Romana; el Secretario General y el Subsecretario. Entre los 270 padres sinodales se cuentan: 74 cardenales (incluyendo 1 patriarca cardenal y 2 arzobispos mayores), 6 patriarcas, 1 arzobispo mayor, 72 arzobispos (incluyendo 3 titulares), 102 obispos (entre ellos 6 obispos auxiliares, 3 vicarios apostólicos y 1 Emérito), 2 sacerdotes

párrocos y 13 religiosos. Además, tomarán parte en esta Asamblea sinodal otros invitados (cf. art 7 Ordo Synodi.) de diferentes culturas y naciones: 24 expertos o colaboradores del Secretario Especial, 51 auditores y auditoras, 14 delegados fraternos. El cardenal Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, tomó posesión del Título de San Policarpo, Piazza Aruleno Celio Sabino, 50. El Santo Padre nombró al reverendo sacerdote Ján Dubina como ceremoniero pontificio.

3. El Papa recibió en el Aula Pablo VI a siete mil voluntarios de la Fundación Banco Alimentario, iniciativa nacida hace 25 años gracias al empresario italiano Danilo Fossati y a don Giussani, fundador de Comunión y Liberación, para combatir el desperdicio de alimentos, recuperarlos y distribuirlos entre las familias necesitadas y los indigentes, a quienes recordó que el hambre ha adquirido hoy la dimensión de un verdadero y propio escándalo que amenaza la vida y la dignidad de tantas personas, hombres y mujeres, niños y ancianos.
4. El Santo Padre presidió en la Basílica de San Pedro la celebración Eucarística con la que dio inicio al Sínodo de los Obispos. En su homilía habló del drama de la soledad, el amor entre el hombre y la mujer, y la familia: “Ancianos abandonados incluso por sus seres queridos y sus propios hijos; los viudos y viudas; tantos hombres y mujeres dejados por su propia esposa y por su propio marido; tantas personas que de hecho se sienten solas, no comprendidas y no escuchadas; los emigrantes y los refugiados que huyen de la guerra y la persecución; y tantos jóvenes víctimas de la cultura del consumo, del usar y tirar, y de la cultura del descarté”. Denunció que “Hoy se vive la paradoja de un mundo globalizado en el que vemos tantas casas de lujo y edificios de gran altura, pero cada vez menos calor de hogar y de familia.
5. La XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos dedicada a “La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo”. El Presidente delegado, el cardenal arzobispo de París André Vingt-Trois explicó la dinámica del sínodo: un mayor espacio concedido a los Círculos Menores donde el debate será más intenso, al igual que la importancia concedida a las intervenciones

- de los cónyuges y las relaciones de los participantes en el Sínodo con los medios de comunicación.
6. La tercera congregación de la Asamblea General Ordinaria sobre la se centró en el drama de quienes viven sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida y el temor de que la Iglesia se encierre en estructuras y normas “que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ¡Dadles vosotros de comer!”
 7. “Los hombres y mujeres de hoy necesitan una robusta inyección de espíritu de familia- continuó- De hecho, la naturaleza de las relaciones - civiles, económicas, jurídicas profesionales, de ciudadanía - parecen muy racionales, formales, organizadas, pero también muy “deshidratadas”, áridas, anónimas. A veces se hacen insoportables”, expuso el Papa ante los fieles reunidos en la audiencia general en el Aula Pablo vi.
 8. Los matrimonios intervienen este año en el Sínodo dedicado a la Familia como auditores y exponen ante la Asamblea de cardenales, obispos, sacerdotes y expertos sus experiencias concretas de pareja, padres o abuelos. Así hicieron el pasado 5 de octubre los cónyuges mexicanos Gertrudiz Clara Rubio de Galindo y Andrés Salvador Galindo López, Secretarios Ejecutivos de la Comisión Episcopal para la Familia de la Conferencia Episcopal, Secretarios del CELAM para la zona de México-Centroamérica
 9. El arzobispo Paul Richard Gallagher, Secretario para las Relaciones con los Estados, intervino hoy en Brescia (Italia) en el acto titulado “Diálogo entre los Pueblos en el nombre de Pablo vi” que conmemora el 50 aniversario de la visita de este beato a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, evaluando la intensa participación que desde entonces ha tenido la Santa Sede ante dicho organismo.
 10. El cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, en nombre del Santo Padre, envió un telegrama de pésame al Presidente de la República de Turquía, Recep Tayyip, con motivo del atentado contra una ma-

nifestación por la paz esta mañana en Ankara que ha causado un centenar de muertos y decenas de heridos.

11. Desde la ventana de su estudio para rezar el Ángelus con los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro, el Papa Francisco expuso que “Solo acogiendo con humilde gratitud el amor del Señor nos liberamos de la seducción de los ídolos y de la ceguera de nuestras ilusiones. El dinero, el placer, el éxito deslumbran, pero luego desilusionan: prometen vida, pero causan muerte. El Señor nos pide el desapego de estas falsas riquezas para entrar en la vida verdadera, la vida plena, auténtica, luminosa”.
12. El cardenal Pietro Parolin, en nombre del Santo Padre, ha enviado un mensaje a la II Conferencia de los Pueblos sobre el Cambio Climático y la Defensa de la Vida que se celebra en Tiquipaya, (Cochabamba, Bolivia), en la que el Pontífice pide dejarse guiar por los principios de una justa ecología integral que tenga en cuenta el verdadero bien de la persona humana
13. El director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Padre Federico Lombardi SJ, precisó que la publicación de la supuesta “Carta al Papa de trece cardenales” no es digna de crédito, toda vez que cuatro de los Padres Sinodales incluidos en la lista de firmantes lo han desmentido. El cardenal Pell ha declarado que una carta que se había entregado al Papa era reservada y debía permanecer así y que lo publicado no correspondía, ni en el texto, ni en las firmas, a lo entregado.
14. “Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay del hombre por el que se produzcan los escándalos!”, dijo el Papa al tiempo de comenzar la audiencia general, pidiendo perdón en nombre de la Iglesia por los escándalos ocurridos en Roma y en el Vaticano durante estos días, aludiendo probablemente a la vicisitud ocasionada por el clérigo polaco Krzysztof Charamsa, oficial de la Congregación para la Doctrina de la Fe, secretario adjunto de la Comisión Teológica Internacional del Vaticano y profesor en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, que convocó a una rueda de prensa para confesar su condición de homosexual activo. Este día alcanzó los cien años de vida el cardenal Loris F. Capovilla, quien fuera secretario de Juan XXIII.

Actividades de la Arquidiócesis de Guadalajara del 15 de septiembre al 14 de octubre del 2015

Sección a cargo del Pbro. Tomás de Híjar Ornelas,
cronista arquidiocesano

SEPTIEMBRE

15. En conmemoración al 30 aniversario de la presencia del movimiento Comunión y Liberación en México, se llevó a cabo en el Auditorio HIR del World Trade Center de la Ciudad de México el encuentro “Un Nuevo inicio para México, ¿De dónde partir?” con la intervención de Julian Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, y de Jorge Traslosheros, del Instituto de investigaciones Históricas de la UNAM.
16. Javier Nápoles, titular de Protección Civil de Zapopan, hizo pública la ruta que por este año seguirá la romería a Zapopan.
17. Bajo la premisa de que en estos tiempos se vive una “batalla espiritual” para detener la tendencia del aborto en el mundo, de la cual no se ha salvado México, el Movimiento 40 Días por la Vida, anunció su tercera Vigilia pacífica de Oración y Ayuno frente a 4 abortuorios de Marie Stopes en la Ciudad de México.
19. Cientos de familias dispuestas a vivir y compartir el Evangelio, recorrieron las calles de la Ciudad de Guadalajara, desde la Casa Diocesana del Movimiento Familiar Cristiano Católico hasta el lugar donde se construye un santuario a los mártires mexicanos en el cerro del Tesoro, donde presidió para ellos la misa el arzobispo Emérito José Guadalupe Martín Rábago.
21. Guadalajara se unió al Movimiento Internacional para proteger a madres y bebés, “40 Días por la Vida”, iniciando este día una campaña de oración, para pedir a Dios por los más débiles, por los más frágiles, que son los bebés en el vientre de su madre, expresó el señor Cura Alfredo Martín Velázquez Ramírez, Párroco de Santa Clara de Asís en Guadalajara.

22. Con los votos en contra de los Ministros José Ramón Cossío Díaz y Jorge Mario Pardo Rebolledo, la Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación resolvió la solicitud de reasunción de competencia 35/2014, presentada por la Ministra Olga Sánchez Cordero de García Villegas, sobre la omisión del Código Penal Federal de abortar por motivos de salud.
23. Con el tema “Derechos humanos en la educación; riesgos y desafíos”, tuvo lugar en Guadalajara una reunión de la Unión Nacional de Padres de Familia en la que participaron los presidentes de las federaciones de escuelas particulares del Estado de México y del Distrito Federal.
24. La Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla fue sede del IV Congreso Internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea, siendo la primera vez que este congreso sale de Europa.
26. Al cumplirse un año de la tragedia en Iguala por el ‘Caso Ayotzinapa’, el Obispo de Chilpancingo-Chilapa, don Salvador Rangel Mendoza, en un mensaje, hizo suyo “el sufrimiento, la rabia, la desesperación y la desconfianza de los familiares de estos 43 jóvenes, y de las familias de los miles de desaparecidos en todo el país”.
27. Setecientos voluntarios de Cáritas Guadalajara se dieron cita en el Seminario Menor para festejar el Cuadragésimo Aniversario de este Organismo, encargado de ayudar a los más necesitados, encabezándolos el señor Cura Francisco de Asís de la Rosa Patrón, su Coordinador. El acto concluyó con la misa que presidió el arzobispo Robles Ortega.
28. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos comenzó este día una visita *in loco* a México que concluirá el 2 de octubre próximo, para ventilar lo relativo a las desapariciones forzadas, ejecuciones extrajudiciales y tortura, así como la situación de inseguridad ciudadana, el acceso a la justicia e impunidad, y la situación de periodistas, defensores y defensoras de derechos humanos y otros grupos especialmente afectados por el contexto de violencia en el país.
29. En el primer día del novenario de las fiestas patronales en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, de Totatiche, se bendijo y colocó la primera piedra para el Santuario en honor de San Cristóbal Magallanes Jara en esa municipalidad.

OCTUBRE

1. A un año de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa, el Arzobispo de Guadalajara, Cardenal José Francisco Robles Ortega, opinó que “ese tema que duele, no sólo por estos 43 jóvenes, sino por tantos hermanos y hermanas desaparecidos, cuyas familias sufren por no saber si viven, si mueren o qué paso con ellos, en dónde están; y si es que murieron, en dónde fueron a parar sus restos, es una herida abierta en nuestro país”.
2. El Cardenal José Francisco Robles dejó temporalmente su sede para tomar parte en la Asamblea General del Sínodo de los Obispos a realizarse en Roma del 4 al 25 de octubre
11. El arzobispo emérito de Guadalajara, cardenal Juan Sandoval Íñiguez presidió la misa de la renovación del patronato de la Virgen de Zapopan en la explanada del Instituto Cultural Cabañas. En su homilía habló enérgicamente de los esquemas educativos públicos, que no favorecen la formación integral de la niñez.
12. Un millón y medio de romeros acompañaron a la imagen de nuestra Señora de Zapopan a su basílica por una ruta que debió acondicionarse debido a las obras que actualmente se realizan en la avenida Manuel Ávila Camacho, su ruta tradicional. La misa de acción de gracias en la explanada Juan Pablo II la presidió el arzobispo emérito de León y administrador apostólico de Autlán, José Guadalupe Martín Rábago, que este día cumple 80 años de vida.
13. Por primera vez en la historia que dice una misa en lengua náhuatl y eso tuvo lugar en la basílica de Guadalupe, y la presidió don Felipe Arizmendi Esquivel, obispo de San Cristóbal de las Casas, responsable de las traducciones de los textos litúrgicos y de la Biblia a los pueblos originarios de México, el cual pidió perdón por una demora que ha ido en detrimento de las lenguas nativas.
14. Con el propósito de poner en el centro del debate la legalización de la eutanasia y el suicidio médicamente asistido en México, fue presentada este día la asociación civil Por el Derecho a Morir con Dignidad, que encabeza Amparo Espinosa Rugarcía, hija del otrora dueño de Bancomer, Manuel Espinosa Yglesias, y ardorosa promotora de lo que ella llama “derecho” a morir con dignidad.

CIRCULARES

CIRCULAR 35/2015

La romería de Nuestra Señora de Zapopan

A toda la comunidad diocesana:

Les saludo con afecto y estimación, hermanos en la fe, y deseo que el Señor Jesús les conceda vivir en santidad y justicia, a ejemplo de la Virgen María.

La presencia de Nuestra Señora de Zapopan en Guadalajara reproduce simbólicamente la histórica visita que la Virgen María hizo a su prima Santa Isabel, cuando “se puso en camino y se dirigió con prontitud a la región montañosa, a una población de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel” (Lc 1, 39). En agradecimiento de esta visita, la comunidad diocesana hace esta ofrenda amorosa de la romería para llevar a la venerada imagen de la Virgen de Zapopan a su Basílica.

Les recuerdo la promoción y el ánimo en la participación en estos actos como signo de la veneración a nuestra Santísima Madre:

Viernes 9: Recepción de la venerable imagen de Nuestra Señora de Zapopan en la Catedral metropolitana.

Domingo 11: 18:00 horas, Solemne Eucaristía con motivo del vigésimo sexto aniversario del Patrocinio de Nuestra Señora de Zapopan sobre la Arquidiócesis de Guadalajara (explanada del Instituto Cultural Cabañas). 23:00 horas, Serenata a Nuestra Señora de Zapopan (Catedral metropolitana). 00:00 horas, Velada de Oración (Catedral metropolitana).

Lunes 12: 5:00 horas, Solemne Eucaristía de despedida de la imagen de Nuestra Señora de Zapopan en la Catedral metropolitana de Guadala-

jara. 6:00 horas, inicio de la Romería. 12:00 horas, Solemne Eucaristía de Bienvenida a la Basílica de Zapopan.

Martes 13. Día del Danzante (Basílica de Zapopan).

Este año la ruta se verá cambiada debido a los arreglos que se realizan en la avenida Manuel Ávila Camacho, por lo que el camino a seguir es: se parte de la catedral metropolitana de Guadalajara por avenida Alcalde y se gira al oriente en la calle de Hidalgo, al sur en la de Liceo-Corona, y al poniente por la avenida Juárez-Vallarta hasta tomar, al noroeste, la avenida Unión, que posteriormente se convierte en la avenida de las Américas, hasta llegar a los Arcos de Zapopan, en la intersección con la avenida Manuel Ávila Camacho, para finalmente llegar a la Basílica de Zapopan.

El interés y el entusiasmo que manifiestan los fieles en la romería invitan a un trabajo pastoral creativo que acompañe y favorezca el fruto espiritual abundante. Exhorto a los párrocos y responsables de las comunidades a que animen y promuevan la participación de los fieles en esta romería, a fin de que desde la devoción popular lleguemos al encuentro con Jesucristo vivo, Señor de la Historia.

Que el Dios de vida, por la acción de su Espíritu y la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, les colme de alegría y paz.

Guadalajara, Jalisco, a 18 de septiembre del 2015

+José Francisco Card. Robles Ortega

Arzobispo de Guadalajara

Javier Magdaleno Cueva, Pbro.

Secretario Canciller

CIRCULAR 36/2015

Domingo Mundial de las Misiones, DOMUND. 18 de octubre de 2015

A toda la comunidad diocesana:

Saludo afectuosamente a mis hermanos en la fe y deseo que Cristo Jesús, el enviado del Padre, los haga discípulos misioneros del Evangelio.

El próximo 18 de octubre de 2015 celebraremos el Domingo Mundial de las Misiones, DOMUND, con el lema “Misioneros de la Misericordia”.

Les recuerdo las palabras de S.S. Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*: “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación

propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios” (Nº 14). La Iglesia existe para evangelizar, es por ello que la misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, es una pasión por su pueblo. Cuando miramos a Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene; y en ese mismo momento percibimos que ese amor, que nace de su corazón traspasado, se extiende a la humanidad entera. En el mandato de Jesús, “id”, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia. En ella todos estamos llamados a anunciar el Evangelio en las grandes periferias de la misión, entre las personas a las que aún no ha llegado el Evangelio, o por alguna razón viven alejadas de Dios (*cf.* S.S. Francisco, Mensaje para el DOMUND 2015).

Exhorto a los párrocos y rectores de los templos a llevar a cabo esta Jornada Misionera en las parroquias y demás comunidades de la arquidiócesis, especialmente intensificando la oración por la difusión del Evangelio e invitando a los feligreses a ofrecer toda clase de buenas obras; además, organizarán una colecta especial el domingo 18, motivando para que todos colaboren con su apoyo material al sostenimiento de las Obras Misionales. Lo que se recabe se enviará a la caja del arzobispado.

Quiera Dios afianzar la verdadera devoción a la Virgen Santísima para que siempre nos lleve a su Hijo Jesucristo, que nos llama a ser discípulos misioneros en nuestras comunidades.

Guadalajara, Jalisco, a 25 de septiembre del 2015

+ José Francisco Card. Robles Ortega

Arzobispo de Guadalajara

Javier Magdaleno Cueva, Pbro.

Secretario Canciller

CIRCULAR 37/2015

Peregrinación diocesana a la montaña de Cristo Rey, lunes 16 de noviembre de 2015

A la comunidad diocesana:

Que la gracia de Cristo, Rey del Universo, llene de paz su vida y su familia.

Con grande fe y profunda devoción, la Iglesia universal celebrará el domingo 22 de noviembre del presente año la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. Por este motivo, y con el deseo de renovar el compromiso de hacer presente el Reino de Dios, se organiza la Peregrinación anual de la Arquidiócesis de Guadalajara al emblemático cerro del Cubilete, para el lunes 16 de noviembre próximo. Allí, en su Santuario, puestos de rodillas, le pediremos por la paz y la justicia en nuestro querido México y en nuestro estado.

Pido a los señores párrocos y rectores de los templos que motiven a los miembros de sus comunidades a unirse a esta peregrinación, proponiéndola como un verdadero acto de adoración a Cristo Rey. A los sacerdotes corresponde organizar a los feligreses de sus comunidades, ofreciéndoles anticipadamente los servicios espirituales del sacramento de la Penitencia, para que puedan participar plenamente en la Eucaristía.

He encomendado a la Vicaría Diocesana de Pastoral, a través de monseñor Rafael Hernández Morales, coordinar los actos de la peregrinación, en colaboración con el señor cura Miguel Ángel González Rodríguez, párroco de Cristo Rey en el fraccionamiento 8 de Julio, y con el señor cura Claudio Martín Aguirre, párroco de Jesucristo Rey del Universo, colonia Miramar.

La cita será en el Santuario de Cristo Rey en punto de las 12 horas para celebrar la solemne Eucaristía. Al finalizar la misa se renovará el acto de consagración de la nación mexicana a Cristo Rey, según fue prometido por los obispos de México en 1924.

Oremos a Cristo Rey para que suscite en los corazones de los mexicanos el anhelo de una patria unida, que promueva la paz a través de la justicia.

Guadalajara, Jalisco, a 25 de septiembre del 2015
 + José Francisco Card. Robles Ortega
 Arzobispo de Guadalajara
 Javier Magdaleno Cueva, Pbro.
 Secretario Canciller



NOMBRAMIENTOS

AGOSTO

4 de agosto de 2015

- NUÑO CARDONA José María, vicario parroquial de San Esteban.

12 de agosto de 2015

- DE ANDA PÉREZ José de Jesús, primer párroco de Nuestra Señora de Talpa.
- UREÑA ÁVILA Raúl Armando, párroco de la Inmaculada Concepción, Amatitán, Jalisco.
- ESQUIVEL CORONA Pedro Apolinar Rafael, primer párroco de Jesús Divino Preso.
- LÓPEZ TORRES Ángel, presbítero, párroco de San Luis Soyatlán, Jalisco.
- CUEVAS MENDOZA Luis Alberto, vicario parroquial de Jesús Maestro.
- ORIOLO MUÑOZ Juan Pedro, Decano Pastoral, Decanato de Zapopan.

26 de agosto de 2015

- HERNÁNDEZ RAMÍREZ Jesús, vicario parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, Ahuascalco.
- IBARRA SOTELO Joel, vicario parroquial de San Antonio de Padua, Puente Grande.
- JIMÉNEZ MACÍAS Juan Manuel, vicario parroquial de San Crispín y Crispiniano.
- SANTANA ORTIZ Rafael, vicario parroquial de Jesucristo Nuestra Esperanza.

- LÓPEZ MUÑIZ Juan Gerardo, capellán de San Dimas.
- ORTEGA ZERMEÑO Rubén, presbítero, capellán de las Clarisas Capuchinas del Monasterio de la Purísima Concepción y San Ignacio de Loyola.
- SANTANA RAMÍREZ Bernardo, presbítero, capellán del Club de Golf Atlas.
- CEDILLO JIMÉNEZ Marco Antonio, presbítero, Animador de la Pastoral Universitaria.

31 de agosto de 2015

- ROS CASTRO Rafael, misionero Itinerante al Servicio del Camino Neo catecumenal en la Arquidiócesis de Xalapa y en las diócesis de Córdoba y Orizaba, Veracruz.

SEPTIEMBRE

1 de septiembre de 2015

- GONZÁLEZ CONCHAS Enrique, adscrito al Señor del Perdón
- GUDIÑO CHÁVEZ Luis Gerardo, Decano Pastoral, decanato de San Felipe de Jesús.

15 de septiembre de 2015

- GARCÍA VELÁZQUEZ Felipe de Jesús, cuasi párroco del Nacimiento de Jesús.
- ZACARÍAS COVARRUBIAS Ecliserio, párroco San Martín Obispo, Ciudad Granja.
- AGUIRRE NORIEGA Juan José, formador del Seminario Diocesano de Guadalajara.
- ARREOLA VELASCO David Fernando, presbítero, Formador del Seminario Diocesano.
- MÁRQUEZ CORDERO Luis Eduardo, Formador del Seminario Diocesano.
- RAMOS RUELAS Adrián, Formador del Seminario Diocesano.
- ROMÁN MANZO José, Formador del Seminario Diocesano.
- ROMO GÓMEZ Antonio de Jesús, Formador del Seminario Diocesano.

- SANTANA RAMÍREZ Bernardo, Formador del Seminario Diocesano.
- VACA SILVA José Federico, Formador del Seminario Diocesano.
- VALDOVINOS PORTILLO Teodoro, Formador del Seminario Diocesano.
- CHÁVEZ SOSA Pedro, vicario parroquial de San Pablo las Fuentes.
- DEL TORO MENDIOLA Rafael Alejandro, vicario parroquial de Santa Cruz Zalatitán.
- DÍAZ VILLALOBOS Cristóbal, vicario parroquial de San Felipe Apóstol, Cuquío, Jalisco.
- DOMÍNGUEZ LUNA Cristóbal, vicario parroquial de Santo Toribio Romo.
- ESCOBEDO RODRÍGUEZ José Asunción, vicario parroquial de Jesucristo Nuestra Esperanza.
- FLORES VERA Gerardo, vicario parroquial de Jesucristo Rey del Universo.
- MUÑOZ PLASCENCIA Antonio, vicario parroquial de San Martin de las Flores.
- MURATALLA HERNÁNDEZ Mauricio, vicario parroquial de San Tarsicio.
- OROZCO BOJORGE Aarón Agni, vicario parroquial de Evangelizadora de América.
- QUEZADA LÓPEZ Edmundo, vicario parroquial del Sagrado Corazón de Jesús, Prados de Santa Lucía.
- RAMÍREZ VÁZQUEZ Octavio Israel, vicario parroquial de la Santa Cruz.
- RODRÍGUEZ ÁLVAREZ Cipriano, vicario parroquial del Señor de la Ascensión, Atemajac.
- ROJAS ROJO Jesús, presbítero, vicario parroquial de San Martín Obispo de Tours, Ciudad Granja.
- SÁNCHEZ VELIZ Jaime, vicario parroquial de San Pedro Tlaquepaque.
- VALDIVIA HERNÁNDEZ Ángel Gabriel, vicario parroquial de San Felipe de Jesús, Ocotlán, Jalisco.

- VIZCARRA VALLECILLO Felipe, vicario parroquial de la Medalla Milagrosa.
- SEGURA DÍAZ Ignacio, Administrador parroquial de la Virgen de Guadalupe, La Yesca, Nayarit.
- RUIZ ROMO Mario Enrique, capellán de las Misioneras Franciscanas de Guadalupe.
- ARREOLA AGUAYO Alfredo, capellán del Instituto Tlaquepaque.
- CORONA ANGULO Víctor Olegario, Asesor Espiritual del Movimiento Barrios Unidos en Cristo.

23 de septiembre de 2015

- CASTILLO CASTILLO José Abel, Miembro de la Comisión de organización del Año de la Misericordia.
- RAMOS GODÍNEZ Roberto, Miembro de la Comisión de organización del Año de la Misericordia.
- DE HÍJAR ORNELAS Tomás, Miembro de la Comisión de organización del Año de la Misericordia

28 de septiembre de 2015

- ANCENO RIVAS José Manuel, convenio por tres años con la diócesis de La Paz.

29 de septiembre de 2015

- BECERRA ANGULO Guillermo, convenio por tres años con la diócesis de Nogales.
- FAJARDO ARTEAGA Rosendo, convenio por tres años con la diócesis de Nogales.
- VERA LÓPEZ Juan Luis, cuasi párroco de los Santos Mártires Mexicanos.

Fieles laicos:

- SÁNCHEZ RETOLAZA Sara Irma, Defensor del Vínculo del Tribunal Eclesiástico de Primera Instancia.
- RUVALCABA RUIZ Nadxielli, Defensor del Vínculo del Tribunal Eclesiástico de Primera Instancia.

Pedro Loza, constructor

Tomás de Híjar Ornelas¹

Se repasa en el texto que sigue la relevancia que tuvo la gestión episcopal de 30 años del segundo arzobispo de Guadalajara, don Pedro Loza y Par-davé, durante la cual se construyeron o reedificaron más de cien templos, de los que da cuenta el artículo que sigue²

*¿Qué Ordinario expidió la Letra de habilitación de esas iglesias?
Cuando pasó el tiempo de las revueltas, las habilitó el ilustrísimo
señor don Pedro Loza.*

El párroco de Tlajomulco, en 1907

La catedral de Guadalajara tiene tres capillas, dos de las cuales se hicieron para aprovechar los cubos de las torres del recinto; la del viento norte tiene por título el Señor de las Aguas, pues así se llama la ciclópea escultura de Cristo crucificado confeccionada en pasta de caña de maíz en el siglo XVI; la del sur se llama de Nuestra Señora de la Soledad, de la Paloma o del Marqués, por haberla costeado un canónigo que tenía este título nobiliario. En fechas recientes se ha reabierto al culto, siendo así que estuvo en desuso poco más de veinte años, al convertirse en depósito del excelente altar mayor desmontado de forma subrepticia junto con cuatro esculturas italianas de mármol, de tamaño natural y de la mejor factura, que representan a los cuatro evangelistas y que precipitadamente se reinstalaron hace no mucho en el patio de la otrora curia diocesana.

¹ Cronista de la Arquidiócesis de Guadalajara.

² El texto que sigue, con algunas modificaciones, se publicó como capítulo final de la obra *Morada de virtudes. Historia y significados en la capilla de la Purísima de la Catedral de Guadalajara*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 2010.

De la tercera capilla, de la Inmaculada Concepción de María, se ocupa el presente estudio. Se hizo aprovechando el vano cegado de la puerta sur catedralicia, clausurada al construirse el templo del Sagrario a principios del siglo XIX, y que desde entonces sirve para la reserva eucarística del máximo recinto católico de la arquidiócesis de Guadalajara.

En tal capilla fueron depositados los restos mortales de los dos primeros arzobispos tapatíos y del quinto, que gobernaron su Iglesia en periodos históricos medulares. Los primeros llevan el nombre de Pedro, y esto no deja de ser notable, por ser el del príncipe de los Apóstoles, cuyo sucesor, en Roma, gobierna la Iglesia católica.

Al presente estudio le interesa contextualizar la construcción de esa capilla más allá de su valor arquitectónico y artístico, eslabonándola como parte de un proceso donde se definieron dos periodos en la historia de México emblemáticamente representados por los monumentos funerarios y los despojos óseos de don Pedro Espinosa y Dávalos y de su sucesor, don Pedro Loza y Pardavé.

En otras palabras, se estudiará la forma en la que la capilla de la Purísima Concepción, hoy del Santísimo Sacramento, de la catedral de Guadalajara, se integra con los cien templos y capillas construidos en esta diócesis durante el pontificado de don Pedro Loza, y se dará un apunte acerca del relieve y la importancia que tuvo esta fase constructiva en la parte central del estado de Jalisco, excluyendo, por cuestión metodológica, los recintos que luego pasaron a los obispados de Colima (1881), Tepic (1891) y Aguascalientes (1899), según se fueron creando dichas diócesis, lo cual implicó no sólo la separación de parroquias, sino también de clérigos.

La cantera de la cual se extrajo esta información es doble: la *Relatio ad limina* de don Pedro Espinosa y la Estadística de la Arquidiócesis de Guadalajara en 1907, documento inédito que se resguarda en el Archivo Histórico de la Arquidiócesis, compilación preciosa de datos realizada a empeños del presbítero Daniel R. Loweree.

Se insinúan, por otra parte, las bases para una ruta posible de los estudios regionales en historia del arte, como puede ser la localización, el registro y la descripción de los monumentos propios de una época e históricamente susceptibles de ser representativos de ella, y tales son en el caso

presente las construcciones emprendidas en el tiempo de la administración de un prelado que asume su oficio luego de una etapa de anarquía y parálisis, pero que deja a su muerte condiciones mucho más que estables. No fue ajena a esta obra de reconstrucción la inoperatividad de las Leyes de Reforma en tiempos de la gestión del presidente Porfirio Díaz.

1. LA IGLESIA TAPATÍA

La Arquidiócesis de Guadalajara tiene hoy en día algo más de veinte mil kilómetros cuadrados, casi todos enclavados en la parte central de Jalisco. El obispado se creó el 14 de julio de 1548 desmembrándose del de Michoacán, siendo por ella una de las diócesis más antiguas de América. Se le dio la categoría de sede metropolitana el 26 de enero de 1863 y actualmente tiene como sufragáneas a las diócesis de Aguascalientes, Autlán, Ciudad Guzmán, Colima, Jesús María o prelatura del Nayar, San Juan de los Lagos y Tepic. En algo más de cuatro siglos y medio la han gobernado treinta obispos y diez arzobispos, como diez fueron también los mitrados que vistieron hábitos religiosos: cuatro franciscanos, tres dominicos, un agustino, un benedictino y un mercedario. Hubo el caso de un laico, don Francisco Gómez de Mendiola, presentado como obispo por el Rey y aceptado por el Papa. Ocho de los prelados, incluyendo el actual, han nacido en el territorio diocesano y siete formaron parte de su clero, si bien sólo dos han sido tapatíos de nacimiento.

Como en la bula de erección de la diócesis –*Super speculum militantis Ecclesiae*, de Pablo III– no se puso frontera al lindero norte, que geográficamente resultaba ser Alaska, al menos nominalmente la Iglesia compostelana, como inicialmente se llamó, fue la circunscripción episcopal más grande del mundo, aunque el control real se ejerciera en tan sólo un millón doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, fracturados en 1620 al crearse la diócesis de Durango. Transcurrieron más de dos siglos antes que sufriera otra desmembración. En el siglo XIX nueve de sus parroquias pasaron a la diócesis de San Luis Potosí (1854) y 18 a la de Zacatecas (1863). Otras mutilaciones sobrevinieron al crearse los obispados de Colima (1881), Tepic (1891) y Aguascalientes (1899). En el siglo pasado ocurrió otro tanto al erigirse las diócesis de Autlán (1961), Zapotlán el Grande y San Juan de los Lagos (1972).

Según los datos del *Anuario Pontificio* correspondientes al año 2006, los católicos del obispado son 6 164 000 de un total de pobladores de 6'773,000, esto es, un noventa y uno por ciento. El clero en este año ascendía a novecientos noventa y dos presbíteros diocesanos y trescientos treinta y cinco religiosos: un presbítero por cada cuatro mil seiscientos habitantes. Los religiosos varones eran ochocientos cincuenta y las religiosas tres mil. Las parroquias son casi quinientas. De los cien obispos que hay en México, una quinta parte han salido del clero de Guadalajara.

2. EL DESMANTELAMIENTO MATERIAL DE ESTA IGLESIA

No sería posible en tan estrecho margen explicar de forma satisfactoria cómo se fracturó en los cien años que van de 1767 a 1867 el vínculo jurídico que mantuvo unidos al altar y al trono en estas latitudes durante 300 años, aunque sí lamentar que la nula capacidad de los actores políticos de ese tiempo –incluyendo a los eclesiásticos de más peso– no advirtiera que esta ruptura no debía implicar enfrentamientos sino acuerdos y sana autonomía, según lo fue demostrando la caducidad de los estados confesionales, sobre todo en aquellos lugares donde instituciones eclesiásticas llegaron a ser parte de la administración estatal, como lo fue la Nueva España; por eso, al declararse la independencia de México y conformarse la nación a la sombra de una religión de Estado, al quedar la Iglesia liberada del sometimiento que le unía a la Corona a través del Regio Patronato Indiano, se negó a aceptar las pretensiones del Estado mexicano de reivindicar los privilegios concedidos por el Papa al Rey.

Al tiempo de separarse de España lo que hoy es México el clero tuvo una participación intensa en los asuntos públicos, siendo en ese tiempo una práctica en uso desde el antiguo régimen, toda vez que pocas eran las gentes de letras y de ellas un sector importante provenía del ambiente clerical. En tal crisol se fundieron los ánimos e intereses de la joven nación y en tan procelosas aguas navegarán los dos personajes de los que se hablará a continuación.

3. DON PEDRO ESPINOSA Y DÁVALOS: ÚLTIMO OBISPO Y PRIMER ARZOBISPO TAPATÍO

Lo que es hoy el estado de Nayarit dio a Jalisco su primer gobernador constitucional, Prisciliano Sánchez, y su primer arzobispo, don Pedro Espinosa. Éste último nació en Tepic el 29 de junio de 1793, coincidiendo su mocedad con los últimos años de la dominación española. Miembro de una familia levítica, seis hermanos se consagraron al servicio de la Iglesia. Fue ordenado presbítero por el último obispo peninsular de Guadalajara, don Juan Cruz Ruiz de Cabañas, en 1816, y su talento de Espinosa le reputó como el mejor eclesiástico de su generación. Doctor en teología y en cánones por la Universidad de Guadalajara, canónigo lectoral y gobernador de la Mitra en sede vacante, fue electo obispo de Guadalajara apenas alcanzada la edad sexagenaria, en 1854.

Los restantes trece años de su vida los invertirá sorteando escollos y recibiendo afrentas, pues su gobierno coincidirá con el ajuste de cuentas entre el nuevo y el antiguo régimen, representado éste por las instituciones heredadas del virreinato y aquel por el nuevo orden propugnado por la facción liberal deseosa de afianzar su autoridad sobre las corporaciones civiles (los pueblos de indios y los gremios) y eclesiásticas (las órdenes religiosas y las diócesis).

Testigo impotente de la penosa desarticulación de dos instancias que hasta entonces caminaron juntas, don Pedro Espinosa presencié la excomunión de los religiosos y el remate de sus fondos materiales, así como la destrucción del patrimonio artístico, sacro y litúrgico de los templos y conventos.

El liberalismo anticlerical de Pedro Ogazón y de la Junta Patriótica del Gobierno en Jalisco, llegaron a prohibir el culto público e incluso a proponer el destierro de todo el clero. Hasta planes hubo para prohibir el culto católico en el territorio jalisciense.

El ataque de Guadalajara de septiembre a octubre de 1860 redujo a escombros buena parte de la ciudad. Aprovechando tal cosa, se demolieron todos los conjuntos conventuales: San Francisco al sur, Santo Domingo al norte, el Carmen al poniente. No se escaparon los conventos de la Merced y de San Agustín; el Seminario Conciliar, el Oratorio de San Felipe Neri

y los conventos femeninos, dos de dominicas, uno de agustinas, otro de carmelitas descalzas y otro más de clarisas Capuchinas; tampoco el colegio de niñas de Santa María de Guadalupe, fundado por fray Antonio Alcalde con el título de Beaterio de Santa Clara.

El pueblo llano poco o casi nada se involucró en estos debates. La palabra democracia no significaba nada a una población compuesta por criollos, indios, mestizos y los descendientes de las antiguas castas, habitantes de regiones que eran una suerte de microcosmos cerrado y distante. A los pueblos de indios el título de ciudadanos no les dio les quitó derechos ancestrales sobre sus tierras de comunidad y les cargó de obligaciones en los nuevos Ayuntamientos. Las facciones sitiaban los pueblos para saquearlos, vejar a sus mujeres y cobrar venganzas; también a proveerse de carne de cañón merced a las levas practicadas entre los jóvenes.

4. LA IGLESIA EN GUADALAJARA AL COMIENZO DEL SEGUNDO IMPERIO

De la diócesis de Guadalajara tenemos estos datos precisos del año de 1864: comprendía una superficie era siete veces más grande que la actual, abarcando unos ciento cincuenta mil kilómetros. Eran sus fronteras en relación con el meridiano de México los 18° 12' y 23° 12' de latitud Norte y 2° 20' y 6° 57' de longitud Este, colindando con las diócesis de Sonora y Durango al norte y con las recién creadas de Zacatecas, León y Zamora al este; al suroeste con el Océano Pacífico y Michoacán. Su mayor extensión de Norte a Sur era de 578 kilómetros y del este a oeste de 500. En tan dilatadísimo territorio eran apenas trece las ciudades con esa categoría, trescientos once los pueblos y centenares de rancherías y haciendas rústicas.

Las parroquias eran ciento catorce y los fieles novecientos mil. A cada párroco lo auxiliaba uno o dos coadjutores. Los templos habilitados eran doscientos noventa, algunos con capellán fijo, otros con la visita ocasional del ministro y otros más en calidad de oratorio público –las capillas de las haciendas–, sostenidas por los particulares.

El Cabildo eclesiástico estaba integrado por cuatro dignidades: deán, arcediano, chantre y maestrescuela, y siete canónigos que también atendían los oficios de penitenciario, magistral y doctoral; los demás eran

raconeros y medios racioneros. El culto en la Catedral estaba a cargo de diez capellanes de coro.

Los santuarios diocesanos eran dos: el de Nuestra Señora de Talpa y el de Nuestra Señora San Juan de los Lagos, ostentando esta última la categoría de Colegiata, con nueve capellanes a su servicio. Durante todo el siglo XIX este santuario fue en reiteradas ocasiones despojado de sus ingresos por los bandos en pugna. Como casi todos los templos de la diócesis, la catedral fue profanada en 1860, despojándosele de su orfebrería y de sus rentas, que en tal año descendieron a una tercera parte. Muchas veces las campanas de los templos fueron convertidas en piezas de artillería y los vasos sagrados y piezas metálicas acuñados para pago de la milicia; ni los paramentos fueron exceptuados del latrocinio. Sin embargo, el mayor acto de destrucción se perpetró en contra de las imágenes sagradas, pinturas y esculturas, que fueron reducidas a cenizas en piras hechas en las plazas y los lugares públicos.

De los quince conventos masculinos de la ciudad episcopal (franciscanos, dominicos, agustinos, carmelitas y oratorianos) fueron suprimidos todos en 1858, salvo el Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Zapopan, a cuya atención estaban las ocho misiones de la sierra del Nayar. Sólo dos parroquias eran administradas por los religiosos, cuyo número, en vísperas de la exclaustración, era de ciento cuarenta.

Los monasterios femeninos eran siete, cinco en Guadalajara (dominicas de Santa María de Gracia y de Jesús María, Carmelitas de Santa Teresa, agustinas de Santa Mónica y clarisas), otro en Lagos (capuchinas) y el séptimo en Aguascalientes (salesas), y el número de monjas doscientos veinte. Al restaurarse la República en 1867 estas comunidades fueron disueltas y su patrimonio incautado. Los conventos fueron demolidos y rematados en pública almoneda.

Para la formación y atención del clero existía un Seminario Conciliar, fundado en 1696, y un Seminario Clerical, creado por el obispo Cabañas a principios del siglo XIX, para la atención espiritual y disciplinar del clero. La sede del Conciliar fue incautada por el gobierno junto con su valiosa biblioteca de doce mil volúmenes. El Gobierno suprimió el Seminario en 1861 pero los cursos se siguieron impartiendo en casas particulares, de modo que cuando se restauró, el 5 de enero de 1864, se inscribieron en el curso trescientos alumnos.

Hasta antes de 1858 en Guadalajara había tres hospitales y un hospicio o Casa de Misericordia a cargo de la Iglesia, muchas escuelas católicas para niños y quince institutos para mujeres. El gobierno despojó a las cofradías y asociaciones piadosas de sus rentas. Casi todas quedaron extintas, salvo tres: la de San Juan Nepomuceno, la del Santísimo Sacramento y la de San Vicente de Paúl; las dos primeras de carácter religioso y la última con fines asistenciales.

En marzo de 1864 don Pedro Espinosa retornó a Guadalajara investido como arzobispo. Su vida se extinguió el 12 de noviembre de 1866, antes de la caída del Segundo Imperio, aunque no le ahorró el desencanto del gobierno liberal de Maximiliano de Habsburgo, que lejos de retrotraer la situación jurídica de la Iglesia a como era antes de 1856, trató de sujetarla a un concordato plenamente regalista.

5. EL MUNDO CATÓLICO EN EUROPA

Pero en la Iglesia universal las cosas no marchaban mejor. El desempeño de la Sede Apostólica como garante de la unidad europea que comenzó en el siglo VIII se fracturó en el XVI. La inercia de ocho siglos sostuvo otros dos la circunstancia de ser el Papa soberano absoluto en sus dominios. Las vicisitudes de los Estados Pontificios antes de su desmantelamiento en 1870, y el dilatadísimo pontificado de Pío IX (1846-1878), el más largo de la historia, afrontaron tanto los descalabros derivados del proceso de secularización, como la proscripción jurídica a la que fue arrumbada la Iglesia en el nuevo orden. Las circunstancias padecidas desde el corazón de la cristiandad con las de la Iglesia en México por estos años son muy parecidas. El altar y el trono que hicieron vida en común tanto tiempo habrían de ser reemplazados por una generación nueva de cristianos muy encarnados con sus compromiso temporal.

De nada le valió al Papa Pío IX negarse a reconocer el reino de Italia y rechazar las garantías personales que se le ofreció el rey Víctor Manuel II, al que excomulgó. Menos aún prohibir a los católicos su participación activa en la política italiana, incluyendo el sufragio. Los últimos años de su pontificado los pasó como el capitán que se niega a abandonar el barco a su

cargo aunque la nave se hunde. Recluido en los palacios supo de la confiscación de todas las propiedades de la Iglesia en Italia, y de la campaña alentada por Bismarck en Alemania (*Kulturkampf*), para extirpar el catolicismo en ese reino.

Al pontificado de León XIII le correspondió sentar las bases del catolicismo social, esto es, la defensa de los derechos de los trabajadores, puestos a prueba a consecuencia de la llamada revolución industrial y sus efectos perniciosos en el campo de las ideas: el liberalismo “salvaje” y el capitalismo. La respuesta católica se sumó a las respuestas de los socialistas y del colectivismo materialista, encabezado por Marx y Engels con propuestas muy claras respecto del aumento de salarios, la disminución de las horas de trabajo, el derecho al descanso dominical y la prohibición del trabajo de menores.

Ya su antecesor inmediato había señalado en la encíclica *Quanta Cura* (1864) los errores del socialismo y del liberalismo. En México la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada no sólo elevó las así llamadas leyes de reforma a rango constitucional, sino que hizo cuanto pudo por extirpar las manifestaciones públicas de fe y religiosidad popular, extinguir las asociaciones religiosas y tolerar a los obispos y al clero más de fuerza que de grado. En algunas poblaciones en Michoacán, Jalisco y Colima se produjo la rebelión “cristera” o “religionera”, fomentada por algunos laicos que encontraron insoportable la nueva vaharada de anticlericalismo. Entre 1874 y 1876, grupos armados intentaron revocar la Constitución de 1857 y provocar la caída del presidente Lerdo. Cuando ésta sobrevino, también cesó el movimiento religionero antecesor con cuatro décadas al que también llevaría el nombre de cristero, pero con otras motivaciones e intensidad.

6. DON PEDRO LOZA

Pedro José de Jesús Loza y Pardavé vino al mundo en la ciudad de México en los últimos años de la dominación española, el 18 de enero de 1812. Se ordenó presbítero el 8 de octubre de 1838 y a una edad relativamente joven, cumplidos los cuarenta de vida, el 18 de marzo de 1852 fue elegido obispo de Sonora (antecedente de la actual arquidiócesis de Hermosillo); recibió la

consagración episcopal el 22 de agosto siguiente y tomó posesión de su sede el siguiente 5 de diciembre. Erigida en 1777, fue confiada a los religiosos franciscanos, de modo que sus primeros cuatro obispos pertenecieron a esta orden y el quinto fue carmelita. Con el séptimo obispo, don José Lázaro de la Garza y Ballesteros, llegó a Culiacán, ciudad episcopal, le acompañaba en calidad de asistente personal o familiar el clérigo Pedro Loza, quien al cabo de trece años le sucedió en el ministerio como octavo obispo de Sonora.

Cuando pasó a Guadalajara el 22 de junio de 1868, en plena madurez de la vida –56 años– le acompañaba una experiencia episcopal de más de tres lustros, buena parte en el exilio, en una región poco evangelizada y de población escasa y dispersa, y ahora debía ejercer su ministerio quedando aún los rescoldos del “tiempo tristísimo de las terribles tempestades de la guerra civil en el mar de la sociedad mexicana y de la edad actual”.

Seis meses después de haber recibido el palio, pasó a Roma, en obediencia a la encíclica *Arcano divinae*, del 8 de septiembre de 1868, mediante la cual el Papa invitó a todos los obispos del mundo a las sesiones del Concilio Vaticano I (1869-1870). Participaron setecientos padres conciliares, y la delegación mexicana fue la más numerosa de Hispanoamérica, integrada por nueve obispos cuya edad promedia era de poco menos de 53 años; además del de Guadalajara, fueron el de México, don Pelagio Antonio de Labastida; el de Tlaxcala-Puebla, don Carlos María Colina; el de Zacatecas, don Ignacio Mateo Guerra Alba –el único que rebasaba los sesenta años–; el de Antequera-Oaxaca, don Vicente Márquez; el de Tulancingo, don Juan Bautista de Ormaechea; el de Chilapa, don Ambrosio María Serrano; el de Veracruz-Jalapa, don Francisco de Paula Suárez Peredo, y el más joven de todos, el de Chiapas, don Germán Villalvazo, con cuarenta años apenas cumplidos.

La asamblea conciliar fue interrumpida de forma brusca, y sus frutos se redujeron a la definición de la infalibilidad pontificia en sus pronunciamientos *ex cathedra*. Con ella se fortaleció el primado romano, pero también la unificación de Italia, pues el 20 de septiembre de 1870, después de un milenio de existencia, desaparecieron los Estados Pontificios.

Es inevitable la asociación entre la obra del arzobispo de Guadalajara y la del caudillo Porfirio Díaz. No fueron amigos. No sostuvieron una

relación personal. Tampoco fueron adversarios. Cada uno en su sitio, se respetaron, apelando de forma tácita al proyecto común: restaurar al país.

El milite oaxaqueño, un tiempo, orillado por la vida, pero en contra de su voluntad, a estudiar en un Seminario, no cometió los errores de su antecesor inmediato, es decir, no aplicó la legislación anticlerical; pero tampoco, pudiendo hacerlo, la removió, e hizo recaer en su persona el mantenimiento de la cordialidad entre la Iglesia y el Estado.

7. LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA EN LA CIUDAD DE GUADALAJARA

Durante los poco menos de treinta años de gobierno episcopal de don Pedro Loza y Pardavé, nada más en la ciudad de Guadalajara se construyeron 26 templos, casi uno por año, entre ellos cuatro santuarios, tres erigidos en templos profanados a raíz de la incautación y destrucción de los conventos de Santo Domingo, el Carmen y la Merced; sólo el primero cambió de titular, pues se dedicó a Señor San José, los dos restantes conservaron su nombre y uno más fue dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Para la atención de las barriadas que crecían de forma gradual por los cuatro puntos cardinales de la capital, don Pedro autorizó la construcción de siete templos que con el tiempo se convertirían en sedes parroquiales: el ya mencionado del Sagrado Corazón de Jesús, el del Espíritu Santo, la Purísima Concepción, la Santísima Trinidad, San Martín de Tours, San Antonio de Padua y San Rafael Arcángel.

En los municipios comarcanos al de Guadalajara se construyeron los templos de El Batán (1874) en Zapopan, y el santuario del Sagrado Corazón de Jesús en Tonalá. En Toluquilla se reedificaron los templos de Santa Cruz de las Flores y de la hacienda del Cuatro, así como el de Santa Ana Tepetitlán.

Se concluyeron asimismo, al menos en su obra estructural, un templo a los Santos Ángeles, otro a la Preciosa Sangre y uno más a Nuestra Señora del Refugio, y empezaron a construirse los templos de la Medalla Milagrosa y el de Santo Domingo, que no llegó a feliz término. Quedó en obra el monumental templo Expiatorio, finalmente concluido tres cuartos de siglo después de haberse colocado la primera piedra.

Las obras sociales que tuvieron capillas u oratorios fueron el Asilo del Sagrado Corazón, el Hospital del mismo nombre, en Analco; el oratorio de la fundación católica del Patronato de San José Obrero, en el barrio de Mexicaltzingo; una casa de ejercicios con su templo de Los Dolores y un colegio con su templo de la Preciosa Sangre en el barrio del Santuario, y los oratorios del orfanato de La Luz, de la Beata Margarita María de las Siervas de María y del hospital de San Camilo, en el barrio de Jesús. También se erigió, al poniente, la Escuela de Artes y Oficios del Espíritu Santo.

Como si eso no bastara, se construyeron, anexas a otros templos, las capillas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús en el de La Merced, y la del Calvario en San Sebastián de Analco.

Huelga decir que no todas esas obras las patrocinó el prelado, pero sí contaron con su autorización y apoyo moral. La obra material más entrañable y querida por él, la que sintetiza sus afanes y anhelos y que solventó con sus recursos, fue la Casa Central del Seminario Mayor, bajo el diseño y dirección del ingeniero don Antonio Arróniz Topete, en reemplazo del vetusto monasterio de agustinas recoletas de Santa Mónica, comunidad que no pudo restablecerse luego de la exclaustración decretada por Lerdo de Tejada. El edificio comenzó a construirse en 1892 y su estilo obedece al gusto europeizante de entonces. Dicen que Arróniz se inspiró en un palacete de Milán, y algunos lo llamaron, a la usanza española, alcázar. En 1902, aún inconcluso, fue ocupado por los superiores y alumnos del Seminario, que pudieron utilizarlo tan sólo doce años, pues en julio de 1914 fue convertido en cuartel. Se salvó tan sólo la imponente capilla de Santa Mónica, joya del barroco hispanoamericano.

Tales obras no parecerían insólitas en una época de acendrada fe popular y desarrollo creciente de la capital de Jalisco, sin embargo son el resultado de una nueva fase, inmediata a la recomposición social promovida por el presidente Porfirio Díaz, político astuto que, como quedó dicho, sin remover de la constitución las llamadas leyes de reforma, no las aplicó, al menos en todo su rigor anticlerical.

Cuando don Pedro Loza murió, el 15 de noviembre de 1898, había cumplido sesenta años como presbítero y le faltaron cuatro para celebrar sus bodas de oro episcopales. En su pontificado consagró nueve obispos, ordenó más de seiscientos presbíteros, se levantaron, dijimos, más de cien

templos y capillas, lo cual significó que no sólo se restauraron las ruinas del pasado, sino que se avanzó poderosamente por el camino magnífico del progreso cristiano.

Si se le toma el pulso a su gestión, comenzando por la ciudad episcopal, cierto fue que él no creó más parroquias que las ya establecidas desde los tiempos del obispo Cabañas, pero sí se triplicó los templos, capellanías y oratorios dentro y fuera del perímetro del núcleo urbano para atender a los más cien mil habitantes de la ciudad, que alcanzaron el número de setenta, según se desprende de los siguientes datos.

En la más antigua de las parroquias, el Sagrario, se calculaban sus habitantes en cuarenta y cinco mil, con veinticinco templos abiertos sin contar la Catedral y la sede parroquial; tres oratorios públicos y más de veinte privados. Era la única donde se reportaron tres templos protestantes: uno luterano, otro bautista y otro evangélico.

En la parroquia del Santuario de Guadalupe vivían unas veinticinco mil almas. Además de la sede parroquial, funcionaban tres capellanías, un oratorio público y cuatro privados. En la de San José de Analco moraban poco menos de diecinueve mil fieles, atendidos en cinco templos, incluyendo la sede. En la de Mexicaltzingo vivían unas treinta y seis mil personas, y sus templos, incluyendo la sede, eran cuatro. Finalmente, vivían en la parroquia de Jesús poco menos de veinte mil fieles y sus templos eran diez, contando el principal.

Pero la obra más reconocida del señor Loza fue, nadie lo duda, la educativa. Para el caso que nos ocupa, las obras materiales se han de contextualizar en el deseo riguroso del pastor de llevar a la práctica no pocas de las iniciativas para incrementar la piedad de los fieles recomendadas por los pontífices Pío IX y León XIII; por ejemplo, en lo que respecta a las devociones eucarísticas, dispuso la edificación de un templo Expiatorio, que quiso quedara enclavado no en el centro de Guadalajara, sino en su periferia poniente, al filo de las colonias Americana y Francesa. En esa misma tesitura, avaló la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y la construcción de un santuario en su honor en una de las zonas más populosas de Guadalajara, en el barrio de San Juan de Dios, y autorizó la fundación del Hospital del Sagrado Corazón en el barrio de Analco.

8. LA RECONSTRUCCIÓN EN LAS PARROQUIAS FORÁNEAS

Sería imposible en este espacio hablar con exactitud y detalle de todas las obras –los cien templos mencionados– construidas en tiempos del señor Loza. Los estilos arquitectónicos de ellas responden a los caprichosos gustos del eclecticismo europeo de la segunda mitad del siglo XIX, combinándose elementos propios del neoclasicismo, del neogótico y hasta del románico en el caso de la singularísima capilla del Calvario en Atotonilco el Alto, proyectada por Adamo Boari y decorada por el afamado pintor jalisciense José Vizcarra. Se mencionarán nada más aquéllos descritos como suyos en la Estadística de 1907, y sólo como esbozo o muestreo. Ya en el año 2004 se dio a la luz una obra, *Perspectiva de templos de Jalisco*, en la que se apunta lo que podrá ser un estudio más enjundioso y fecundo del análisis de estos monumentos. Los templos construidos durante el gobierno del segundo arzobispo, a instancias suyas o con su licencia se han agrupado por regiones.

No deja de ser significativo que el 8 de mayo de 1869, a los dos meses de haber tomado posesión de su mitra, don Pedro Loza colocara la primera piedra de un templo en la zona alteña, el de la Preciosa Sangre en San Juan de los Lagos, pues será esa región la de mayor impacto constructivo durante su administración: el Santuario de Señor San José en Arandas (1875), el Santuario de Guadalupe de Tepatitlán (1875), donde también se emprendieron las obras de El Refugio (1881); la Capilla de Guadalupe (1883), Pegueros (1885), San José de Gracia (1897), Milpillas y Paredones. Las capillas de San Ignacio en la Casa de Ejercicios de Tototlán (1895), de San José de los Reinoso (1881) y la del Ojo de Agua (1884) en San Miguel el Alto; las de El Salitre (1892), Ostotán (1884), Villa de Ornelas (1898), El Gavilán (1875), San Aparicio (1890), la Merced (1882) y el Hospital (1879) en Teocaltiche. En Yahualica, las capillas de Flammacordis (1896), El Baluarte (1885), Santa Ana (1893). En Zapotlanejo, la capilla de La Joya Chica (1891) y el santuario de Jesús, María y José, en Juanacatlán; en Atotonilco el Alto, el templo del Calvario y el de Jesús Nazareno.

Redondean el itinerario por la zona alteña el santuario de San Miguel en Ayo el Chico (1886), el templo de la vicaría del Valle de Guadalupe (1887), entonces dependiente de la parroquia de Jalostotitlán, y ahí mismo

la bendición de la capilla de la hacienda de La Llave (1884) y la ampliación y reedificación de la capilla de San Gaspar. En Encarnación, los santuarios de la Sagrada Familia y de Nuestra Señora de Guadalupe. En Lagos, los templos del Calvario y el de Nuestra Señora de Guadalupe, éste en Tacuitapa; finalmente, en San Diego de Alejandría el santuario de Guadalupe y las capillas de las haciendas de Jalpa (1884), del Comelero y de Frías.

Al norte de Jalisco, en la parroquia de Totatiche, las capillas de El Salitre (1887), La Estancia de la Cruz (1877), Temastlán (1873), Cartagena (1882), Santa Rita (1885) y Acaspulco (1886).

En la región de la ciénaga de Chapala se erigen, en La Barca, el templo de San Pedro, con proyecto del arquitecto Manuel de la Mora; en Ocotlán, el nuevo templo parroquial (1870), y los de Cuitzeo (1873), San Luis (1875), Joconoxtle y Rancho Viejo (1890). En Poncitlán, el de la hacienda de La Capilla, la Capilla de Guadalupe (1886), San Sebastián (1874) y la capilla de Atotonilquillo, que fue reconstruida del todo (1874), en Zapotlán del Rey, la capilla de la hacienda de Chila (1893), y en Tizapán el Alto el templo parroquial (1872).

En Ixtlahuacán del Río, Trejos y Buenavista (1873), San Antonio y el Señor del Rescate. En Moyahua, la capilla de San José de Palmarejo (1874). El templo parroquial de San Cristóbal de la Barranca fue reconstruido (1885), y hecha de nuevo la capilla de El Escalón (1873).

En Tequila se construyeron las capillas del Medineño (1878), del Hospital (1893), de Santa Cruz del Astillero y Santa Quiteria (1883). En Magdalena, las de San Andrés (1872) y La Joya. En Hostotipaquillo, la de Amajac (1875). En San Martín de la Cal, el Calvario (1880), El Salitre (1897), San José (1896) y la capilla de La Santa Cruz (1889).

En Teuchitlán, la capilla de La Labor; en Etzatlán, el santuario de Guadalupe y la capilla de Nuestra Señora de la Cueva Santa; en Juchitlán, el templo parroquial (1877); en Amatlán de Cañas los templos de la Estancia de los López (1884), la Barranca del Oro (1876) y el de Garabatos.

En Tecolotlán, el templo parroquial (1893), Santa Rosa (1889) y el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (1894); en Tenamaxtlán, el templo parroquial y la capilla de Tacota (1883); en la Unión de Tula, el templo parroquial (1872) y el de Ixtlahuacán (1884).

En Techaluta, el templo parroquial (1882); en Zacoalco, la capilla de La Milagrosa y el santuario al Sagrado Corazón de Jesús, en Atotonilco. En Teocuitatlán, la reconstrucción del templo parroquial y la edificación del santuario de La Purísima, así como las obras del templo de Concepción de Buenos Aires. En Mazamitla, las capillas de las haciendas de San Diego, El Valle (1886) y El Paso de Piedra (1894). En Atoyac, el espacioso templo de La Unión de Guadalupe (1887). En Tapalpa, la construcción del templo de La Merced (1893), La Purísima (1891), Juanacatlán (1878) y San Antonio (1871). En San Gabriel, el Santuario (1874) y Apango (1889).

En Zapotiltic, la capilla de El Rincón (1884) y el templo de San José (1894). En Tamazula, el templo parroquial (1890), los de La Ferrería (1883), Contla (1898) y Santa Rosa (1883). En Tuxpan, el templo de El Platanar (1875); en Zapotlán el Grande, el de San Antonio de Padua y la capilla de La Cofradía del Rosario (1896).

Cierran el derrotero las parroquias enclavadas en Zacatecas: en Nochistlán, la capilla de la hacienda de Tlachichila (1879), la del rancho de La Jabonera (1886) y la de El Molino (1884); por último, se bendijo de nuevo la capilla de la Estancia de los Delgadillo.

EPÍLOGO

El deceso del prelado, el 15 de noviembre de 1898, fue sentido aun por quienes no comulgaban con la Iglesia.

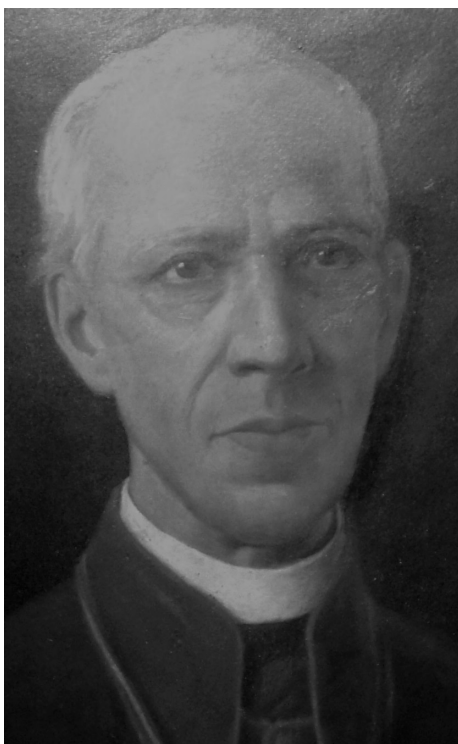
Orillados a retener una sola de sus obras, la más representativa, tendríamos qué decir que fue el padre de la educación católica en su arquidiócesis, toda vez que, gracias a una Junta Directiva por él encabezada, elevó a un nivel nunca visto la instrucción escolar en todas las escuelas de su territorio. Sólo en Guadalajara sostuvo diecisiete de ellas.

En el cortejo fúnebre que acompañó sus restos al Panteón de Belén desfiló la sociedad entera, y hasta “con carácter meramente privado” el gobernador de Jalisco, Luis del Carmen Curiel, quien se expresó del difunto diciendo: “No fue liberal como nosotros, pero fue liberal con nosotros”.

Dice don Alberto Santoscoy que la nota “distintiva de su gobierno, el don que le era peculiar, fue la prudencia, aquella gracia especial que es tan necesaria en los que mandan”.

Alguno niega esto, dice que fue “débil”. El adjetivo es injusto aplicado a una persona que padeció el destierro buena parte del inicio de su gestión episcopal y que vivió en carne propia la evacuación de Roma al tiempo que la ciudad era tomada por el ejército garibaldino. No fue débil, fue enérgico pero realista, tal y como lo reconoció públicamente el Ayuntamiento de la ciudad, que en 1914 determinó dedicar a su memoria una de las principales calles de la capital, la antes llamada del Santuario, que era por entonces una de las más favorecidas por el comercio.

Cuando hace poco más de un siglo los restos mortales de don Pedro Loza fueron exhumados de la cripta de la familia Lemus, en el panteón de Belén, para depositarlos de forma definitiva en la capilla de la Inmaculada de la Catedral tapatía, donde él mismo hiciera trasladar los huesos de su antecesor, tocaba a su fin la era de la que ambos fueron actores y protagonistas. Al cabo de no muchos meses, el humo de la pólvora contaminaría de nuevo el aire de México.



Corona fúnebre en honor del señor presbítero don Procopio del Toro

Se reproduce una semblanza que ofrece el perfil de un eclesiástico cuyo ministerio discurrió casi todo durante la prolongada gestión episcopal de don Pedro Loza y Pardavé, como un caso de un sacerdote diocesano que soportó las diversas etapas que durante el siglo XIX modificaron sustancialmente el estatus de la Iglesia en México: de religión oficial del Estado a asociación religiosa proscrita o marginal ante las leyes mexicanas³

UNA PALABRA AL LECTOR

Cuando viviendo aún los hombres se presenta ante ellos un cantor de las virtudes, dotes o facultades que les adornen, puede este cantor merecer quizá hasta el desprecio de aquél cuyas acciones canta y tal vez el mundo juzgue esos cantos hijos de rastrera adulación o de denigrante interés; pero que cuando un hombre haya hecho el bien en su ruta por la tierra y después de que ha cumplido el tiempo de su destierro, después de haberle visto perderse en el oscuro seno de la tumba recordemos y aun elogiemos los actos de su vida, juzgados ya con la imparcialidad propia de los admiradores dignos, esto no

³ El impreso original, facilitado a este *Boletín* por el Dr. José Delgadillo Guerrero, sobrino nieto del biografiado, lleva esta leyenda en la primera de forros: “Corona fúnebre en honor del Sr. Presb. Don Procopio del Toro. Con permiso de la autoridad eclesiástica. Guadalajara, Jalisco, México. Osorio Hermanos, Editores, 1900”. En la cuarta de forros dice: “Condiciones de venta. La corona fúnebre en honor del señor presbítero don Procopio del Toro se vende a precio de diez centavos el ejemplar, en la calle de López Cotilla números 2 y 5; y en la notaría de la parroquia de San José de Analco. Los pedidos de fuera se harán a razón de once centavos el ejemplar, pago adelantado y franco de porte. En las ventas al por mayor se hacen descuentos considerables. Se reciben los pagos por estampillas o giros postales. Es propiedad de los editores.”

puede llamarse adulación, porque la adulación, rastrera en sí y miserable, no es capaz de traspasar la losa de un sepulcro.

Por eso nosotros, que fuimos testigos oculares del bien que en las almas sembraba con sus pláticas de sencillez evangélica el señor cura don Procopio del Toro, y que creemos que recordando continuamente sus palabras vivirá más su recuerdo en las almas por él consoladas, así como también el que esas mismas almas aún sentirán consuelo al pasar su vista por las palabras que en tiempo mejor fueron saetas que, encendidas en el amor a Dios y a su Santísima Madre bajo la dulce advocación de Refugio de pecadores penetraron hasta lo más íntimo del pecho, derramando en él a torrentes el consuelo, la dulzura, la satisfacción que acompañan a los bienes del cielo, no hemos vacilado en emprender la impresión y arreglo de la presente Corona Fúnebre, que deseamos sirva en primer lugar para que todos sus lectores bendigan a Dios porque se dignó infundir un verdadero celo apostólico en su finado ministro el señor cura don Procopio del Toro; en segundo, para que siendo mayor el número de las personas que estén al tanto de los servicios sacerdotales del señor Del Toro, sea también mayor el número de oraciones que al cielo lleguen pidiendo el descanso eterno para aquel que tantas veces hizo descansar de las amarguras del pecado a nuestros corazones, por la gracia divina; y por último, para que esos mismos lectores procuren recordar y poner en práctica los consejos que recibieron de tan digno sacerdote, a fin de arreglar su vida a lo que ordenan las saludables máximas del Evangelio.

Si logramos alcanzar una oración más por el alma del señor cura Del Toro, inspirar en las almas mayores deseos de llevar una vida perfecta y arrancar del fondo de los pechos una alabanza más para Dios, a cuyo honor y gloria deben servir todas nuestras obras, quedará satisfecho nuestro ánimo, que no posee más aspiraciones.

Los editores

1. BIOGRAFÍA

De una de las familias pobres que hace setenta y tantos años habitaban la hoy cabecera del 5º cantón de nuestro estado, la vecina ciudad de Ameca, vino a ser miembro el 8 de julio de 1832 el niño Procopio del Toro, hijo de Alejo del Toro y Josefa Martínez del Campo. Era el padre del recién nacido un hombre

entregado a los trabajos de agricultura, dedicándose en alguna parte del año al comercio para atender así mejor a las necesidades de su familia. Pobre, pues, el padre del niño Procopio, éste llegó a la edad de la razón disfrutando sí de la paz de un hogar cristiano y honrado, pero careciendo de la posición de fortuna propia para ir desde luego a uno de los colegios de las grandes capitales, donde pudiera ilustrar su inteligencia en horizontes amplios desde un principio. Así es que ingresó a la escuela de su población natal, que en aquel entonces estaba a cargo del profesor señor don José María Fernández. Pronto llamó la atención del maestro el empeño, la aplicación y viveza de inteligencia del nuevo discípulo, a tal grado que el señor Fernández manifestó al señor don Alejo del Toro no debía omitir sacrificio para mandar a Guadalajara al niño Procopio. Y, al efecto, encomendado a unos parientes, vino el futuro sacerdote a esta capital, donde continuó el estudio de los ramos escolares; pero al poco tiempo y debido a la escasez de recursos, tuvo que volver a Ameca, donde concluyó la escuela y luego, el que más tarde debía ser ministro del Altísimo, se vio en la necesidad de trabajar para lo más pronto posible ayudar en sus fatigas a sus padres, y pensó en el oficio a que se dedicaría. Entró como aprendiz en una sastrería, en que llegó a trabajar como oficial, hasta que el año de 1846 volvió a Guadalajara y pudo ya ser alumno del Seminario, donde después de no poco brillante carrera y con gran distinción por sus virtudes recibió las órdenes sagradas el año de 1856, cantando su primera misa en la iglesia parroquial de Ameca el 15 de agosto del mismo año.

Siguió luego su vida sacerdotal que nos apenaría estudiar aquí después de haber leído el sermón que no pudimos escuchar, pero que predicó el señor presbítero señor doctor don Arcadio Medrano en los funerales del señor cura Del Toro, verificados en Santa María de Gracia y el cual sermón tenemos el gusto de insertar en esta corona fúnebre.

Como testigos oculares del enternecimiento, conmoción y bien que ha causado, causa y causará en las almas de la lectura de “El recuerdo de mis Ejercicios”, obrita que escribió el señor cura don Procopio del Toro, nos ocuparemos, siquiera sea ligeramente, de ella, para hacer saber a los lectores de ésta, y especialmente a los ejercitantes de San Sebastián de Analco, que al señor cura Del Toro se debe esa humilde y preciosa obrita que tantas lágrimas ha arrancado a sus ojos, como que es la historia de los indecibles afectos del corazón durante los días santos de los Ejercicios Espirituales.

En efecto, como sencillas y claras eran las pláticas doctrinales del digno sacerdote a quien ahora lloramos, así clara y sencilla es su pequeña obrita a que nos referimos.

Pero en ella, ¿qué palabra hay que no hable al corazón? Nos recuerda las impresiones todas que siente el pecador desde el instante de pisar esa santa casa, cuyas losas han sido regadas con las lágrimas y la sangre que saludable penitencia ha hecho verter aun a verdaderos criminales, pecadores encallecidos ya en el camino del vicio. ¿No lo recordáis? Desde el poco ánimo o repugnancia, si queréis, que se experimenta el primer día de ese santo retiro, establecido para ser el arca de la humanidad, hasta la tiernísima despedida que tenemos que hacer el último día, nada falta en esa obrita, porque debe estar inspirada por Dios para que en ella o por ella traigamos a la memoria aquellos días de santo recogimiento en que parece que vivimos muy lejos de la tierra y muy cerca del cielo.

Allí se nos hace sentir de nuevo las fuertes impresiones causadas en nuestro ánimo por la oscuridad en que se practica en los ejercicios espirituales el solemne acto del *Miserere*, por la exhortación a él, por nuestras dificultades para la penitencia y por la resolución que nos arranca el canto de los hermosos versículos “Jesucristo, aplaca tu ira, tu justicia y tu rigor”... “Y por tu sangre preciosa, misericordia, Señor”.

El señor cura Del Toro nos pintó en su “recuerdo” con claridad y belleza, con sencillez y sentimiento, el horror que el alma siente por el pecado al considerar su gravedad; la tristeza que se apodera del corazón al pensar en la muerte y ver cuán miserables somos; el temor que nos causa el fijar nuestra atención en la terribilidad del juicio de que dependerá nuestro eterno destino; el espanto consiguiente a la contemplación de las penas eternas del infierno; las lágrimas que brotan de nuestros ojos al asistir a los tiernos y sentimentales actos con que se trae a nuestra memoria la pasión del Redentor, lo que sentimos al separarnos de la iglesia para ir a nuestros aposentos y llevar en nuestra mente la idea de la soledad y el abandono que en la cárcel sufrió nuestro Salvador; las fuertes y dulces impresiones del día todo de la Pasión; la satisfacción, el contento, el consuelo, la dicha, el bienestar que nos da la sola contemplación de la feliz mansión por Dios destinada a los justos; y, por último, aquel adiós que del fondo del alma y con lágrimas en nuestros ojos damos a toda esa santa casa el día de la salida, desde a las losas

y al pavimento que guardan quizá nuestra sangre derramada en la penitencia, desde a los ambulatorios y piezas, mesas y útiles de refectorio, compañeros y amigos que caminaron con nosotros en el camino de la salvación, hasta lo más santo y sagrado que en esa casa existe, es decir, al Divinísimo Señor Sacramentado, cuya bendición sentimos, a la imagen sacrosanta del Señor crucificado, a quien no podemos decir adiós porque nuestra lengua se anuda, y a la bellísima imagen de Nuestra Señora del Refugio, a quien con llanto del corazón entonamos el “Dulcísima Madre mía, / ya me despido de vos; / echadnos la bendición / y con esto adiós, adiós.”

Todo eso dejó escrito el señor cura don Procopio del Toro, como para recordarnos constantemente los días en que gemimos por haber pecado y prometimos a Dios jamás ofenderle.

Por eso no hemos podido dejar de darlo a conocer como autor de tan bella obrita que la humildad no le dejó firmar, y porque esperamos que toda persona que lea “El recuerdo de mis ejercicios” bendiga la memoria del “padre Torito”, como por cariño le decían algunos ejercitantes.

Mas no es por esto sólo por lo que hay que bendecir su memoria.

También, como Jesucristo, amaba mucho a los niños. Y siendo director de la venerable Orden Dominicana, fundó el 28 de diciembre de 1886 un asilo particular para niños de ambos sexos y un colegio para niñas. Para la construcción de estos planteles cedió una finca de su propiedad, alcanzó que en ellos trabajaran gratuitamente algunas señoras y señoritas Terciarias y procuró que toda la venerable Tercera Orden cooperara para el sostenimiento de tan benéficos institutos.

Por último, al señor cura Del Toro deben muchos sacerdotes, así de esta diócesis como de la de Tepic, el haber terminado su carrera gracias a la protección que él les impartiera. Muchas de las personas que forman la venerable Tercera Orden Dominicana pueden aún dar testimonio de los grandes favores que, en lo particular, de él alcanzaron.

Cuando, pues, nos propusimos formar la presente Corona e insertar en ella estos mal forjados rasgos biográficos, tuvimos por objeto principal no sólo el dar a conocer las más notables acciones del señor cura Del Toro, sino también el procurar para él el mayor número de oraciones que pidan para su alma, ante Dios, la eterna bienaventuranza, así como el que se bendiga a Dios más y más por las gracias y dones que concedió a su fiel ministro y las cuales supo participar a tantos cristianos.

¡Quiera el cielo que nuestros deseos queden cumplidos!

2. PUNTOS PRINCIPALES DEL ELOGIO FÚNEBRE QUE IMPROVISÓ EL SEÑOR PRESBITERO DON ARCADIO MEDRANO A LA MEMORIA DEL SEÑOR PRESBITERO DON PROCOPIO DEL TORO, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS QUE SE LE HICIERON EN LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE GRACIA EL 19 DE ENERO DE 1900

Pertransivit benefaciendo. Ac. Apost. 10.38
Anduvo haciendo bienes. Hch. Ap. 10.38.

¡Llorad, oh pastores, porque los labios de aquel venerable sacerdote que os daba sapientísimos, prudentísimos y experimentados consejos para gobernar a vuestras ovejas están sellados con el sello de la muerte!

¡Llorad, oh párrocos y sacerdotes que os formasteis a las sombra de aquel árbol cuyos frutos no se corromperán jamás y cuyas flores jamás se marchitarán, porque sus labios no se abrirán más para enseñaros la doctrina celestial que forma santos y sabios sacerdotes! ¡Llorad, oh pueblos que tuvisteis la dicha de ser gobernados por un apóstol celoso de vuestras almas, porque ha caído bajo el dominio de la muerte! ¡Llorad con lágrimas amargas, Teocuitatlán, Amacueca, Tepechitlán, Tequila, Teuchitlán y Ahuacatlán, porque el santo sacerdote que impartió sobre vosotros bienes sin cuento ha volado de en medio de nosotros a recibir el premio de sus grandes trabajos! ¡Llorad, oh ciudad y arquidiócesis de Guadalajara, porque ha muerto aquel sacerdote celoso que abrasaba en el amor divino no sólo a los corazones de esta ciudad, sino a innumerables almas de las parroquias foráneas y aun de las diócesis sufragáneas! En medio de tantos sollozos, uno los míos con los vuestros, mis lágrimas con vuestras lágrimas al colocar la humilde violeta de mi sentimiento sobre el túmulo del señor presbítero don Procopio del Toro, no porque tenga ingenio ni tiempo para hacer un elogio cual conviene a sus esclarecidas virtudes, sino más bien porque el cariño, la gratitud y la admiración me han traído a este lugar a llorar la ausencia del queridísimo amigo, del respetabilísimo sacerdote cuyo cadáver venerado empapamos con nuestras ardientes lágrimas.

Pasaré en silencio los años de su niñez y juventud y los fervores del Seminario para estudiar únicamente su vida y, a grandes rasgos, la larga serie de cuarenta y cuatro años de su sacerdocio.

El mejor elogio que podemos hacer de sus grandes virtudes es manifestar que en su ministerio sacerdotal siguió las huellas del Sacerdote Eterno de cuyo sacerdocio participamos todos sus ministros. Sí, hermanos míos; lo que dice el evangelista san Lucas de nuestro adorable Salvador, en síntesis admirable, que pasó haciendo el bien, lo podemos aplicar a la vida sacerdotal del señor presbítero don Procopio del Toro.

Recibió la unción santa a la edad de 24 años, en 1856, y fue enviado por su ilustrísimo prelado como lluvia benéfica a Teocuitatlán y después a Amacueca, en donde se dedicó con grandísimo celo a la administración de la divina palabra. Aún vive en los corazones de aquellos fieles la memoria de sacerdote tan laborioso. ¡Bendita sea tu memoria!

En la guerra de tres años, en que sufrió tanto la iglesia mexicana, cuando se derramaban torrentes de sangre de nuestros hermanos, cuando eran desterrados los obispos y los sacerdotes, el joven sacerdote don Procopio del Toro, que residía en esta capital, estuvo al frente del [Seminario] clerical en la iglesia de San Felipe, y varias veces obtuvo licencia y facilitó los paramentos sagrados para que celebraran el santo sacrificio de la misa algunos capitulares que permanecían ocultos a causa de la terrible persecución. ¡Oh, cuántos sufrimientos, cuántas amarguras tuvo que soportar el corazón del joven sacerdote en aquel entonces! ¿No me decías, en una ocasión, que amabas entrañablemente a la imagen guadalupana que preside el aposento donde expiraste, porque te recordaba todos los sufrimientos del clerical san Felipe? El joven sacerdote defendió a las religiosas capuchinas de los soldados que las perseguían en su mismo monasterio, obteniendo licencia para que pasaran estos enemigos de las esposas inmaculadas del Cordero al exconvento de San Francisco. Este rasgo de la vida de tan virtuoso sacerdote me recuerda aquel pasaje bellissimo de la vida de santa Clara, cuando defendió a sus queridas religiosas de la persecución de sus enemigos llevando al Divinísimo en sus virginales manos. La abadesa y demás religiosas capuchinas lloran inconsolables la pérdida de aquel sacerdote que con tanto celo las defendió de las garras del enemigo. ¡Bendita sea tu memoria!

Después de la conversión de los pecadores que son el templo vivo de Dios, no hay obra que más agrade al Altísimo como la construcción de un templo. Esto lo sabía perfectamente bien aquel que fue modelo de sacerdotes, pues que en Ahuacatlán, donde por algún tiempo gobernó satisfactoriamente aquella parroquia, levantó un templo que sirve de iglesia parroquial y que perpetuará su memoria de generación en generación. ¡Bendita sea tu memoria!

Estuvo algún tiempo al frente de la parroquia de Tequila, donde sufrió tanto que experimento la verdad de aquellas palabras del Salvador que dice, hablando a sus apóstoles: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció primero.” Y por haber predicado fuertemente contra los bailes en cumplimiento de su sagrado ministerio, los enemigos de la Iglesia que aborrecen a los sacerdotes que claman contra los vicios lo desterraron de aquel lugar, concediéndole veinticuatro horas para que saliera de allí. ¿Y qué dijo entonces el párroco de Tequila? Con aquella paz y tranquilidad que lo caracterizaban, les contestó: “No necesito de veinticuatro horas, un cuarto de hora me basta”. Y, en efecto, después de unos cuantos minutos que empleó para preparar la cabalgadura, salió de allí. ¡Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia!

Pero dejemos a los foráneos que desahoguen sus sentimientos llorando la muerte de su queridísimo pastor, y vengamos a nuestra ciudad de Guadalajara, donde fue el teatro principal de sus trabajos apostólicos. Ahí está el asilo de niñas pobres y huérfanas de San Felipe. ¡Oh, cuántas veces iba a ese lugar a suplir con su cariño, con su amor, los ósculos maternas, acariciando entrañablemente a aquellas niñas pobres que llenas de regocijo lo rodeaban cogiéndole a veces las manos para besarlas repetidas veces, a veces la capa para alcanzar de él algún favor, entonces parece que decía lo que el divino Salvador: “Dejad a los niños que se acerquen a mí”. Esas niñas dos veces huérfanas, lloran la muerte de su queridísimo padre. ¡Bendita sea tu memoria!

Toda tu vida sacerdotal la empleaste, como dice un ilustrísimo mitrado, en el púlpito y en el confesionario. En esta misma cátedra sagrada que yo ocupé indignamente predicabas innumerables veces la palabra divina, no sólo en los triduos o novenarios, sino meses enteros, con grande provecho de los fieles que con gusto te seguían, para saborear la dulzura de tus enseñanzas. ¿No me decías, hace dos años cuatro meses, que predicarías todo el mes del Rosario para exhortar a los fieles al amor a la Santísima Virgen María, nues-

tra tierna Madre, y al del Santísimo Sacramento del Altar, porque veías con grandísimo dolor de tu alma que era ultrajado y no correspondido el Dios del Amor? Ahí está gimiendo todavía tu confesonario, donde consolabas a tantos afligidos, en donde enjugabas tantas lágrimas, donde tranquilizabas a tantas conciencias, al cual asistías desde el toque del alba hasta las oraciones de la noche; ahí está el altar donde diariamente ascendías con el amor de los serafines para celebrar el cruento y augusto sacrificio de la misa. ¡En toda esta iglesia se escucha un canto lúgubre y conmovedor, como el de una viuda que acaba de perder a su queridísimo esposo!

Hermanos míos, me faltan palabras para decir lo que hacía el venerable sacerdote en la iglesia de San Sebastián de Analco. ¡Cuántos millares de millares de pecadores se convirtieron en aquella piscina saludable con la sencilla, pero fervorosa y caritativa, predicación del respetable padre Del Toro!

¡Cuántas magdalenas y publicanos se deshacen en llanto en aquella santa casa al oír su dulcísima voz! ¿No es cierto, oh venerable sacerdote, que te agradaba muchísimo ir a aquella santa casa, porque tenía oídos, como tú decías, para recibir las confesiones fervorosas de los más grandes pecadores? Todos ellos alababan y bendecían tu memoria en las parroquias todas de la arquidiócesis: en las ciudades, en las villas, en los pueblos, en las aldeas, y con el corazón conmovido hasta las lágrimas, decían: “así nos enseñó, en San Sebastián de Analco el padrecito Del Toro, así nos enseñó a hacer la santa cruz el señor cura que nos daba las explicaciones en los ejercicios de Analco”.

Con razón aquella dichosísima parroquia, en su nombre y en el de tantos pecadores como ahí se han convertido, viene hoy inconsolable a manifestar su cariño y su reconocimiento a la memoria queridísima de su inolvidable apóstol, que tanto se sacrificó por ella. Sírvanme de testigos en todo esto el venerable párroco, los sacerdotes y feligreses de aquella parroquia que están llorando aquí, cerca de su tumba.

Dios Nuestro Señor no quiso que fueras obispo, ni capitular, sino únicamente sacerdote, pero sacerdote celoso de su gloria y de la salvación de las almas.

Las masas populares, con la filosofía cristiana que les es propia, alababan tus grandes virtudes designándote con algún diminutivo, como acostumbra celebrar las virtudes de los santos cuya memoria pasa de generación en generación.

Hermanos míos, una prueba de las grandes virtudes de nuestro padre es la estimación y confianza que le dispensaron siempre sus superiores. Mucho lo estimaban el ilustrísimo señor Espinosa, de grata memoria, el inolvidable señor Loza cuya muerte aún desgarrar nuestros corazones y quien le dio el honroso cargo de sinodal de ordenandos, que muchos años desempeñó satisfactoriamente. Muchísimo lo estimaba el ilustrísimo señor Díaz, obispo de Tepic, quien lo nombró consultor por su diócesis en el primer Concilio Provincial Guadaltajarens, y así otros prelados y altas dignidades de la Iglesia.

Ved, hermanos míos, cómo nuestro inolvidable padre anduvo haciendo bienes en los cuarenta y cuatro años de ministerio sacerdotal, a imitación de Nuestro Señor Jesucristo. Él anduvo siempre en pos de las almas y no en pos del oro y de las riquezas, y Dios le dio tal tino para convertirlas que algunas veces, con un saludo cariñoso, convirtió a las mujeres públicas hasta el punto de hacerlas enamoradas fervientes de Nuestro adorable Salvador, y todo esto lo hizo sin aparato, sin ostentación, sin vanidad, pero sí con aquella sencillez inimitable que todos conocimos. Dinos si no, oh venerable sacerdote, ¿en dónde están las haciendas, las casas, las monedas de oro que ganaste en la larga serie de cuarenta y cuatro años de sacerdocio? ¿A quién se las has dejado? ¡Ah, decid a los seculares cómo se enriquecen los sacerdotes verdaderamente celosos! Tus riquezas no son cosas que perecen, pues aprendiste del Salvador aquella sentencia que dice: “No atesoréis tesoros en la tierra, atesorad tesoros en el cielo.” Viviste pobre y moriste en la pobreza. Tus verdaderas riquezas son las almas de tantos pecadores que convertiste y que ahora, como lo esperamos, brillan como estrellas hermosísimas sobre tu frente, sirviéndote de riquísima corona. Sí, esas innumerables almas que salvaste en cuarenta y cuatro años de sacerdocio, no lo dudo, han de haber venido a la hora de tu muerte a llevar en triunfo tu alma caritativa. Yo creo que has de estar no muy lejos de san Felipe Neri, de san Alfonso de Ligorio, de san Ignacio de Loyola y de san Francisco Xavier. Y si no fuere así, en medio de nuestras lágrimas elevamos nuestras plegarias embalsamadas con la sangre preciosísima del Cordero hasta el trono de la infinita misericordia. ¡Pasó haciendo bienes! Tu memoria se borrará de la ciudad de Guadalajara cuando no quede piedra sobre piedra de la iglesia de San Felipe y su asilo, de las capuchinas y su convento, de la penitenciaría, de la iglesia de Santa María de Gracia y de la de San Sebastián de Analco.

Hermanos míos, los sollozos y el llanto han embargado nuestra voz, y ni vosotros ni yo podemos pronunciar una palabra, porque las manifestaciones del dolor agudísimo no son las palabras, sino las lágrimas. Por eso no he vacilado en venir a formar el elogio fúnebre de mi cariño, de mi gratitud y admiración a la memoria de mi queridísimo amigo y respetable sacerdote el señor presbítero don Procopio del Toro, con mis ardientes lágrimas, expresión espontánea de mi dolor. ¡Oh muerte que separas a los amigos fieles, que cortas las dulcísimas cadenas que ataban el corazón del padre con los corazones de los hijos! ¡Eres inexorable, eres cruel, nada respetas, has dejado millones de corazones profundamente heridos al cortar el hilo de la vida tan querida! ¡Oh, Jesús amabilísimo, por esa sangre preciosísima que corre por tu difunto cuerpo, te pedimos humildemente perdones las debilidades de tu celoso sacerdote! Si por tus inescrutables designios estuviere en el lugar del llanto, que esa misma sangre inmaculada descienda sobre él para purificarlo apagando aquellas llamas.

¡Adiós, consejero de obispos, párrocos y sacerdotes... descansa en paz! ¡Adiós, maestro y fortaleza de vírgenes... descansa en paz! ¡Adiós, padre de los huérfanos, consolador de los afligidos, libertador de los cautivos... descansa en paz! ¡Adiós, apóstol celosísimo de las masas populares... descansa en paz! ¡Adiós, sacerdote modelo que empleaste toda tu vida en la conversión de los pecadores... descansa en paz! ¡Adiós, celosísimo catequista de San Sebastián de Analco... descansa en paz!

Si estás en el cielo, como lo creemos, no te olvides que todos los que lloramos tu partida y te decimos de corazón... ¡descansa en paz! Adiós... adiós...adiós, padre querido... ¡descansa en paz!

3. PENSAMIENTOS A LA MEMORIA DEL VIRTUOSO SACERDOTE PROCOPIO DEL TORO

El arte de mover los corazones con el lenguaje sencillo del Evangelio es exclusivo de los varones verdaderamente apostólicos. Este arte lo poseía en grado eminente el señor director de la Tercera Orden Dominicana en esta ciudad, presbítero don Procopio del Toro.

Pbro. Lauro Díaz Morales

La virtud es como la fe. Es capaz de mover las montañas y llevarse tras sí el mundo.

Los buenos, cuando desaparecen, dejan cuando pasan una estela luminosa en la grata memoria de sus virtudes.

Hay hombres que no debían haber nacido y hay hombres que no debían morir.

Si se apaga la llama caduca de su vida mortal, arderá la luz inextinguible de su recuerdo. Se aplaudirán sus virtudes y sus hechos sublimes mientras el mundo tenga sabios y justos.

Difícil es presentar a la faz pública las virtudes esclarecidas y la conducta noble y franca que sirve de adorno y de respeto a los personajes notables y contemporáneos que aún viven, pero la gloria adquirida por una fama póstuma, es siempre la más bien recibida en el concepto de los hombres sabios, de los sensatos y de los juiciosos.

No encareceremos, pues, los méritos y virtudes del señor cura Del Toro, también muy conocidos por innumerables personas que, como nosotros, lo admiraron muchos años, se ligaron con íntimas relaciones, se honraron con su amistad y gustaron invariablemente de su trato afable.

Al fin vino la muerte cruel, empeñada en la ruina de todas las generaciones, a sorprender a esta alma santa. El árbol no pudo ya sostener los frutos y se rindió al soplo del vendaval.

Guadalajara, marzo de 1900

Pbro. Quintín Jiménez

4. ANTE LA TUMBA DEL SEÑOR CURA DON PROCOPIO DEL TORO

¡Muerto ya! Su cuerpo bajo un sepulcro y su alma juzgada por el tribunal que más debemos temer los hombres.

Pero hay hombres que cuando mueren dejan tras sí tan luminosa huella, que es imposible se acabe su recuerdo entre nosotros.

El señor cura Del Toro pensó en que no muy tarde Dios, podía llamarle a su seno y que ya entonces no podría personalmente excitar a los hombres para que, desprendiendo su corazón de las cosas de la tierra, se dedicaran sólo a amar a Dios, dispensador eterno de todos los bienes.

Y así, escribió “El recuerdo de mis Ejercicios”, obrita humilde pero en que dejó retratado su corazón y en que vivirán por mucho tiempo sus ideas y sus sentimientos, sus consejos y sus enseñanzas.

Hay libros que no retratan a sus autores, pero hay otros que, al verlos, conocemos luego a qué pluma se deben, porque en todos ellos se dejan ver no sólo pensamientos sino palabras propias y exclusivas del autor.

“El recuerdo de mis Ejercicios”, escrito por el señor cura Del Toro, pertenece a esta última clase, y al leerlo se deja inmediatamente sentir la unción y caridad evangélicas con que él supo hablar a las almas.

Despidámonos, pues, del que ya no podrá dirigirnos la palabra, pero bendigamos a Dios arrodillados ante la tumba de aquel que tuvo la feliz idea de dejarnos su corazón en el “Recuerdo de mis Ejercicios”. Y al bendecir a Dios, pidámosle haya recibido en su seno y concedido el descanso eterno al alma de su fiel ministro.

Guadalajara, marzo de 1900
Pbro. Salvador Morales

5. ETERNA DESPEDIDA

A la grata memoria del virtuoso sacerdote, el señor cura don Procopio del Toro

Hoy quiere Dios que al corazón taladre / el dolor de mirar que ya partiste;
/ de la muerte en los brazos te dormiste / como un niño en los brazos de su madre.

¿Y qué es morir?... ¿qué es eso que desvela / tanto al hombre que eterno quiere ser? / Hallar al fin la eternidad que anhela / y un vestido prestado devolver.

Frágiles son las glorias de la tierra, / pasajeros del mundo los pesares,
/ y el aliento inmortal que el hombre encierra / robusto en sus creencias tutelares,
/ pretende quebrantar la cárcel dura / que contrista su esencia / para lanzarse a la región más pura / donde está la plenitud de la existencia.

¡Silencio aterrador tan de repente! / ¡Mudo y lívido el labio! / ¡La sombra sepulcral sobre su frente! / ¡Helado su mirar, ayer ardiente! / ¿Quién nos puede explicar tan rudo agravio?

Ahí el origen de la eterna lucha, / del continuo anhelar que el hombre alienta, / de la secreta voz que el hombre escucha, / que su fe adora y su vigor sustenta. / Que sin cesar le grita: ¡avanza, avanza!

¡Está en nuestra presencia! / Con razón la materia se estremece / al mirar que la luz de la existencia /brilla sólo un momento / y como fuego fatuo desaparece.

¿Quién la difícil clave / descifrará, Señor, de tus secretos? / ¿Y quién, mi Dios, sobreponerse sabe / al terrible rigor de tus decretos? / Donde quiera señales / descubro de tus glorias inmortales.

Un compañero amado hemos perdido / ¡Ay!, un amigo menos ya contamos / y el cielo un santo más, ¡Dios lo ha querido! / Su voluntad augusta bendigamos.

Si puede hablarnos tu alma cariñosa / cuando ya todo duerme en este mundo, / en medio de la noche silenciosa, / ¡Ah! Ven a revelarnos el misterio / de ese oculto hemisferio; / que anhela conocer nuestra alma ansiosa / de los muertos la vida misteriosa.

A tu apartada tumba tan querida / no llegan ya las olas /del mar tempestuoso de la vida.

Olvidad su presente / y de sus penas la terrible historia / recordad llenos de entusiasmo ardiente / aquel pasado de suprema gloria. / Si en medio de la pena / de esa partida que os llenó de duelo / de lágrimas sentís el alma llena, / ¡llorad... llorad! El llanto es un consuelo.

Acepta, oh Dios, tan fêrvido tributo / rendido a la memoria del que amamos, / que cubra el corazón eterno luto, / el dolor aceptamos.

¡Ay! Mil veces feliz el que va al cielo, / presintiendo dejar en su partida / tantos seres que lloran en el suelo / su eterna despedida.

Marzo de 1900

Pbro. C. Becerra



Doctorado Honoris causa de Santa Teresa de Jesús

Saverio Cannistrà, O.C.D.

El 3 de agosto del año en curso de 2015, y en el marco del 100 aniversario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, el General de la Orden de la Descalcez Carmelitana ofreció esta sentida síntesis de la vida y la obra de una reformadora que marcó la historia de la Iglesia mucho más allá de las fronteras de su patria y su tiempo.

Eminentísimos Señores Cardenales, Ilustrísimos Señores Obispos, Excelentísimos Rectores, autoridades eclesiásticas, civiles, militares y académicas; señoras y señores todos:

Me toca ahora, en nombre de Santa Teresa de Jesús y como General de la Orden que ella fundó, agradecer a la Universidad Católica de Ávila que hoy le conceda el título de doctora *Honoris causa*, y particularmente a Su Eminencia el Cardenal don Antonio Cañizares la hermosa *Laudatio* que ha precedido estas mis palabras.

Vienen a mi mente ahora las palabras de Teresa al inicio del *Libro de las Fundaciones*: “Pareciéndome a mí ser imposible [...], me estaba encomendando a Dios, y algo apretada, por ser yo para tan poco [...], me dijo el Señor: «Hija, la obediencia da fuerzas». Comienzo, pues, con el mismo espíritu de la Santa: “en nombre del Señor, tomando por ayuda a su gloriosa Madre, cuyo hábito tengo, aunque indigna de él, y a mi glorioso padre y señor San José”.

1. ÁVILA

Déjenme alzar un poco la mirada y dirigirla a la ciudad que nos acoge, cinchada por la muralla que la protege y caracteriza, única, Ávila de los caballeros, Ávila de los leales, ¡Ávila de Santa Teresa! Curiosa esta imponente estructura con sus 88 torreones, sus nueve puertas, que hoy, más que defender la ciudad, la abre y la presenta al mundo, invita y acoge –no rechaza– a sus visitantes, cautivándoles y convocándoles a una experiencia única, sobria, profunda, recoleta, a la que magníficamente cantó don Miguel de Unamuno:

Esa ciudad de Ávila, tan callada y silenciosa,
tan recogida, parece una ciudad musical y sonora.
En ella canta nuestra historia eterna;
en ella canta nuestra nunca insatisfecha hambre de eternidad.

En 1505, un toledano de nombre Alonso Sánchez de Cepeda busca una casa en la que establecerse en Ávila con su mujer, Catalina del Peso, y sus dos hijos. Poco antes, don Alonso había dejado junto a su padre y sus hermanos la Ciudad Imperial, después de haber sido reconciliados por la Inquisición –convenía alejarse de un lugar en el que su sangre judía era para todos evidente–, para iniciar una vida nueva y alejada de sospechas en Ávila.

Encuentra don Alonso una de su gusto, vecina a la de su hermano Francisco y al solar de don Diego Álvarez de Bracamonte, enfrente del hospital de Santa Escolástica, y allí vivirá también con su segunda esposa, doña Beatriz de Ahumada, con quien tendrá otros diez hijos. Todos ellos vienen al mundo en una pieza concreta de la casa, que el primer biógrafo de la Santa, Francisco de Ribera, tuvo ocasión de visitar hacia 1587: “Las cuales casas yo he visto y la pieza donde la Santa nació, y otras junto a ella donde durmió más de quince años”.

Es en esa casa y en esa pieza, hoy convento de los Carmelitas Descalzos conocido universalmente como La Santa, donde un 28 de marzo de 1515 vio la luz por primera vez Teresa de Cepeda y Ahumada, Santa Teresa

de Jesús: “En Ávila a veinte y ocho días del mes de marzo de quinientos y quince años, nació Teresa, mi hija, a las cinco horas de la mañana media hora más o menos (que fue el dicho miércoles amaneciendo)”.

Ávila es entonces una ciudad empapada de piedad y devoción, como la misma Santa Teresa hará notar más tarde a su hermano Lorenzo, en carta escrita el 17 de enero de 1570: “En todo el pueblo hay tanta cristiandad que es para edificarse los que vienen de otras partes: mucha oración y confesiones y personas seglares que hacen vida de perfección”.

Eran muchos los sacerdotes, religiosos y religiosas de la ciudad, y los nobles, sobre todo las mujeres, se implicaban económicamente en la ayuda a los conventos y monasterios y en la promoción de fundaciones. Los clérigos y religiosos de Ávila se agrupaban en ocho parroquias, siete conventos y otros siete monasterios, atendiendo a una población de cerca de 8.600 almas, entre las que se contaban algunos moriscos convertidos forzosamente. Los judíos habían ido abandonando paulatinamente la ciudad desde 1481 y hasta su expulsión definitiva en 1492. Algunos, convertidos, quedaron en la ciudad, pero ya sin el peso y la importancia que habían tenido en la Edad Media. Los que conservaron su fe o judaizaron después de convertidos, fueron perseguidos por la Inquisición, quemados en la hoguera o sambenitados.

Es en esta ciudad, en este ambiente, en el que se forjan los cimientos que harán de Santa Teresa quien es hoy para nosotros. Estamos acostumbrados a contemplarla por los caminos de Castilla y Andalucía, fundadora y escritora, metida en pleitos, vagamunda e inquieta por amor al Amor. Olvidamos así que los primeros 49 años de su vida –y parte de los 18 restantes–, los pasó aquí, en Ávila, algunos de ellos enormemente decisivos.

Aquí se hizo amiga de letras, de libros y de letrados; aquí tuvieron lugar sus más profundas experiencias místicas, las que le permitieron comprender el misterio de Dios, que siempre espera, que manifiesta su misericordia incansable en Cristo, capitán del amor, amigo y compañero del hombre, siempre presente a nuestro lado en su Sacratísima Humanidad; aquí aprendió que no estaba hueca, que su alma era un castillo de diamante o muy resplandeciente cristal en el que mora todo un Dios; aquí, en definitiva, gustó la Verdad que permanece para siempre, siempre, siempre.

2. TERESA DE JESÚS, DOCTORA

El 4 de marzo de 1922, el claustro de la Universidad de Salamanca, presidido por su Vicerrector, don Miguel de Unamuno, aprobó el nombramiento de Santa Teresa como Doctora *Honoris causa*, la primera mujer en su historia, por el *alma mater* salmanticense. Mediaba la petición del entonces Obispo de la diócesis salmantina, el doctor de Diego y Alcalá. El 6 de octubre, en ceremonia solemne –en la que Unamuno no quiso estar presente por motivos políticos–, se otorgaba oficialmente el doctorado a la Santa por su genio literario, la hondura de su discurso teológico y por expresar de modo único el alma española. El mismo Alfonso XIII, presente junto a la reina Victoria Eugenia en las celebraciones, colocaría más tarde el birrete y la pluma de oro en la imagen de Santa Teresa del convento de Alba de Tormes.

Casi cincuenta años más tarde, Pablo VI confería a la Santa el título de Doctora de la Iglesia universal. En su homilía, el Papa Beato, sin dejar de reconocer los méritos humanos y literarios de Teresa y haciendo mención a su carácter español, ponía el acento en su doctrina, que “brilla por los carismas de la verdad, de la fidelidad a la fe católica, de la utilidad para la formación de las almas”. Y recalca la profundidad de su sabiduría, aprendida en sus lecturas y en su contacto con letrados, sí, pero también en la escuela de la oración, en la que recibió “el influjo de la inspiración divina” que hacen de ella una “prodigiosa y mística escritora”. Estamos, decía el beato Pablo VI aquel 27 de septiembre de 1970, “ante un alma en la que se manifiesta la iniciativa extraordinaria [del Espíritu Santo], sentida y posteriormente descrita llana, fiel y estupendamente por Teresa con un lenguaje literario peculiarísimo”. Invitaba, así mismo, a comprender y vivir la proclamación del doctorado teresiano como

un acto que quiere ser intencionalmente luminoso, y que podría encontrar su imagen simbólica en una lámpara encendida ante la humilde y majestuosa figura de la Santa. Un acto luminoso por el haz de luz que ese mismo título doctoral proyecta sobre ella; un acto luminoso por el otro haz de luz que ese mismo título doctoral proyecta sobre nosotros.

Procuremos también nosotros que este acto académico sea doblemente luminoso: de una parte, la Academia honra a Santa Teresa e ilumina

de nuevo su memoria al concederle este nuevo doctorado, de otra, se siente iluminada por el magisterio de la figura a la que honra y que, en este acto, reconoce.

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, al definir la palabra doctor, lo hace así en su segunda acepción: “persona que enseña una ciencia o arte”. Y al doctor *Honoris causa* lo define como “persona eminente” ¿Qué nos enseña Teresa de Jesús? ¿Dónde hallamos la razón de su eminencia?

3. UNA MUJER EXCEPCIONAL

No son pocos los que, desde una ladera u otra del pensamiento, han encontrado en Santa Teresa a una mujer que descuella entre los demás, que sobresale y nos aventaja. Ella misma no ocultaba las gracias con las que el Señor había adornado no sólo su carácter, sino también su físico, pues fue descrita por algunos de sus contemporáneos como mujer muy hermosa, incluso en su vejez.

La mayor riqueza de su genio humano, sin embargo, no reside en los beneficios que para ella supusieran esas gracias, sino en su capacidad de vivirlos desde la virtud de la empatía. Implícita y explícitamente la Santa invita a cada uno a reconocer las gracias y virtudes con las que hemos sido regalados por el Señor, para ponerlas a su servicio y al de los otros. Ciertamente, ella lo reconoce, que por muchos caminos y vías lleva Dios a las almas, pero la meta es la misma y para Teresa es muy clara.

Santa Teresa nos enseña que todos somos amados, muy amados, demasiado amados. No estamos huecos, no somos un puñado de polvo y ceniza llamado a disolverse en la noche de los tiempos, víctima del olvido. Sí, polvo somos, pero para Teresa igual que para el gran Quevedo, polvo enamorado, fruto de un amor eterno, de un fuego inextinguible: el amor de Dios, del que nacemos, que nos sostiene en cada una de las etapas de la vida y nos espera al bajarse el telón de nuestra existencia terrena para regalarnos la verdadera, la que dura siempre, siempre, siempre.

Desde esta clave vive y desde ella nos anima a vivir la propia existencia, porque quien se sabe amado, ama, se desvive por agradar a los demás,

por darles contento y regalarles ternura. Quien conoce tan gran amor no sabe sino vivir amando, donándose, sirviendo a todos, gozando con sus risas, llorando con sus penas, abrazando compasivamente sus miserias, perdonando, agradeciendo: “Yo lo miro con advertencia en algunas personas (que muchas no son por nuestros pecados) –nos dirá Teresa–, que mientras más adelante están en esta oración y regalos de nuestro Señor, más acuden a las necesidades de los prójimos”.

Las virtudes teresianas son una escuela de vida no sólo para las comunidades del Carmelo descalzo, sino para todos los creyentes y, por qué no, también para hombres y mujeres de buena voluntad que sepan acercarse a su palabra libres de prejuicios. Una escuela que hemos dado en llamar el humanismo teresiano.

Piedra angular de éste, como decía, es el amor. Nos lamentamos muchas veces de las adherencias que, en nuestro tiempo, han desprestigiado un término de tan gran valor; pero no somos originales. Ya Santa Teresa era consciente de que hay muchas formas de entender el amor y no se maravillaba de que no supiésemos qué cosa es amar de veras. Ella nos lo aclara; los verdaderos amadores

ponen los ojos en las almas y miran si hay qué amar; y si no lo hay y ven algún principio o disposición para que, si cavan, hallarán oro en esta mina, si la tienen amor, no les duele el trabajo...

Es muy bien las unas se apiaden de las necesidades de las otras...

Todo lo que desea y quiere es ver rica a aquella alma de bienes del cielo...

La experiencia humana que mejor define el amor al estilo teresiano es la amistad, y por eso ella la usa con profusión para iluminar lo que ha vivido e invitarnos a vivirlo, incluso en la relación con Dios. La amistad teresiana se caracteriza, además de por las notas que fueron antes enunciadas, por la transparencia y la sinceridad, el amor a la verdad y la comprensión de las debilidades de los otros. Basta echar un vistazo a su correspondencia para comprender que, para Santa Teresa, los amigos no son cómplices en el peor sentido del término, sino compañeros en el camino del descubrimiento de la propia verdad, capaces de denunciar los errores y defectos del otro no para

condenarlo, sino para enderezar su camino; capaces también de dejar a los otros enderezar el nuestro. Todo ello porque bien fundado en el perfecto modelo del amor:

¡Oh precioso amor, que va imitando al capitán del amor, Jesús, nuestro bien! que se parece y va imitando este amor al que nos tuvo el buen amor Jesús y así, estos que lo viven, aprovechan tanto.

Hablar de humanismo teresiano es hablar de libertad, de capacidad de vivir desasidos de cualquier vínculo que no sea liberador. La obediencia, el servicio, el sometimiento a Dios y a los otros –términos tan políticamente incorrectos en este tiempo nuestro– son vividos y explicados por Teresa como lazos que desatan, ataduras que rescatan de la tiranía del propio yo, de la dictadura del individualismo que se disfraza de independencia, truco falaz que nos promete ser dueños de nosotros mismos para convertirnos en esclavos solitarios. Las exigencias del modelo de vida religiosa propuesto por Teresa para sus hijos e hijas no son sino exigencias del amor para alcanzar la libertad: incluso la reja de sus monasterios es símbolo de independencia, de emancipación para las hermanas que, tras ella, podrán vivir libres como amigas entre sí y de Cristo, sin intromisiones no deseadas ni deseables, porque libres quiere Dios a sus esposas: “¡Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse!” –exclamará Teresa. Y más adelante: –“¡Oh, libre albedrío tan esclavo de tu libertad si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió!”

Y aunque muchas notas más se podrían enumerar, no quiero dejar de referirme a una que me parece esencial: Teresa nos enseña a vivir con humor, a ser incluso irónicos –con tal de serlo con finura e inteligencia–, porque hay muchas verdades que se entienden mejor echando mano de la sonrisa, y también, cuando es necesaria, de la burla, la broma y la risa, ejercidas y encajadas, permítanme la expresión, con deportividad teresiana.

4. UNA PALABRA VIVA

Son de todos conocidas las palabras de fray Luis de León, primer editor de las obras de Santa Teresa: “yo no conocí a la Madre Teresa, mas la conozco

y la veo casi siempre en dos obras vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros”.

Al declararla doctora, se reconoce sin duda su genio literario, su capacidad para elevar la lengua castellana a cotas que hacen de Santa Teresa un clásico, comparable a los grandes maestros del Siglo de Oro. La voraz lectora, primero de libros de caballerías, luego de obras espirituales, termina por ser escritora, afanosa por decir su palabra. El mismo fray Luis afirma también de la escritura teresiana: “En la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale”.

Pero es precisamente uno de los escritores más brillantes de aquel tiempo, Lope de Vega, el fénix de los ingenios, quien nos enseña cuál es el valor más eminente de la palabra teresiana. Lo hace en el último terceto de uno de los sonetos que dedicó a la Santa: “Con razón vuestra ciencia el mundo admira, / si el seráfico fuego a Dios os junta, / y cuanto veis en él, traslada el alma”.

En sus escritos, Santa Teresa busca decirse y, sobre todo, hacerlo desde la perspectiva de quien le ha permitido conocerse, de quien como decía el poeta Salinas, ha sabido sacar de ella “su mejor tú”: Dios, que es su vida. Él es su interlocutor y con él y de él quiere hablar con el lector: revelarnos su misterio, al que ella ha tenido acceso por experiencia. Cantar sus misericordias, ése es su objetivo.

No existe en Teresa la vanidad del escritor, empeñado en decir su palabra y quizá convencido de que es la única, la definitiva, la más aclaratoria y reluciente. Satisfecha, sí, cuando logra decir lo que quiere, lo está porque convencida de haber contribuido a engolosinar a sus lectores en ese bien tan alto.

Escritora por obediencia, sí, pero no simplemente hacia sus confesores, sino ante todo a la fuerza de la experiencia del Dios vivo que quiere todos se dispongan a saborear:

Quisiera yo –nos dice al comenzar el *Libro de la vida*– que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por

menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Dírame gran consuelo... Sea bendito siempre, que tanto me esperó. A quien con todo mi corazón suplico me dé gracia, para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan; y aun el Señor sé yo lo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido. Y que sea para gloria y alabanza suya, y para que de aquí adelante, conociéndome ellos mejor, ayuden a mi flaqueza, para que pueda servir algo de lo que debo al Señor. A quien siempre alaben todas las cosas. Amén.

Palabra, pues, que se transforma en servicio a Dios y a los otros. Santa Teresa, pionera de la modernidad, nos invita en sus escritos a la tarea más compleja y a la vez más apasionante que puede emprender el ser humano: conocerse a sí mismo y emprender un camino de lucha y conquista que trae consigo la liberación de la persona a través del cultivo de la amistad con Dios, que nos abre a la renuncia de nosotros mismos y al servicio a los otros: “Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva. La de hasta aquí era mía. La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía... Sea el Señor alabado, que me libró de mí”.

5. MAESTRA DE ORACIÓN

Un doctorado teresiano, finalmente, es un homenaje a la maestra de los caminos del Espíritu, a la maestra de oración. Al mismo tiempo, nos exige ponernos a la escucha de su experiencia, reconocer que el camino por ella propuesto es accesible para todos: Teresa nos enseña a orar y, lo que es más importante, nos estimula para que oremos, nos empuja a orar, nos obliga a reconocer que orar es una tarea imprescindible, pues acarrea un sinnúmero de bienes para el creyente y para la comunidad cristiana.

Orar, nos dirá Santa Teresa, no es difícil, porque orar es amar y amar sabemos –o deberíamos saber– todos. La dificultad estriba no en la oración, sino en nuestra falta de confianza, en nuestra enorme dificultad para creer que Dios está ahí, presente en medio de nosotros, envolviéndolo todo, haciéndose el encontradizo de mil y una maneras y que podemos tratar con Él como con amigo, aunque es Señor, y no, por cierto, al modo de los señores del mundo que todo el señorío lo ponen en autoridades postizas.

Para hablar con Él no necesitamos dar voces; para buscarle no necesitamos alas; sino... mirarle dentro de sí; acoger a tan buen huésped; hablarle como a Padre; pedirle como a Padre.

Teresa nos llama a emprender, con determinada determinación, el camino de la confianza en el encuentro posible, apoyados solo en Él:

Hasta ahora parecíame había menester a otros y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco y que asiéndose a ellos no hay seguridad, que en habiendo algún peso de contradicciones o murmuraciones, se quiebran. Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer es asirnos a la cruz y confiar en El que en ella se puso. Hállole amigo verdadero y hállome con esto con un señorío que me parece podría resistir a todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios. ¡Oh, quién diese voces por Él para decir cuán fiel sois a vuestros amigos!

La escucha atenta del eminente magisterio teresiano nos pone frente a la posibilidad de descubrir, nosotros también, al Cristo hombre, amigo, maestro interior cuya carne glorificada descansa en el seno de la Trinidad y, al tiempo, le capacita para ser compañero de camino que, en el silencio de la oración y por la fuerza del Espíritu, instruye, estimula, consuela y escucha:

Tenía este modo de oración..., representar a Cristo dentro de mí. En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto: allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía; deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor.

No nos llama Teresa a grandes complicaciones, a razonamientos profundos, a esfuerzos de la mente por elevarse a la esfera divina:

Nos os pido ahora que penséis en él ni que saquéis muchos conceptos ni hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis... Mirad que no está aguardando otra cosa sino que le miremos.

...

Si estáis alegre, miradle resucitado; si estáis triste, miradle cargado con la cruz. Miraros ha Él con unos ojos tan piadosos, que olvidará sus dolores por consolar los vuestros.

En resumidas cuentas:

pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor..., es oración mental; no penséis que es otra algarabía ni os espante el nombre.

Así vivida, nuestra oración hará de nosotros hombres y mujeres del Reino, empapados del Evangelio que es Cristo, capaces de amar y perdonar, como ella pedía a las hermanas de San José: “todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”.

Toca finalizar, y lo hago reclamando de nuevo a todos –empezando por mí mismo– que nos dejemos iluminar por el resplandor de Santa Teresa, reflejo, por el don del Espíritu en su vida, de la luz de Cristo; Teresa lo afirma: “que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial”.

Ella es regalo que Dios ha puesto en nuestra vida y del que estamos particularmente invitados a gozar en este su año Centenario. Su palabra nos seducirá por el realismo, la fuerza, la transparencia profunda y el encanto literario con el que nos habló de Dios y también de sí misma, hablando así, en algún modo, de cada uno de nosotros.

“Otros pueblos –dijo don Miguel de Unamuno– nos han dejado sobre todo instituciones, libros; nosotros hemos dejado almas. Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier crítica de la razón pura”.

Muchas gracias.



La llevada de la Virgen de Zapopan en 1958

*Federico Vázquez Tapia*⁴

El testimonio que sigue se suma a la percepción que para muchos tapatíos ha sido desde 1734 la presencia de la taumaturga imagen de la celestial patrona de la Arquidiócesis de Guadalajara⁵

LUNES 12 OCTUBRE DE 2015, SIENDO LAS 04:50 HORAS.

Antes que nada, tengo 65 años de vida. Las vértebras huesudas de mi espalda, no encuentran lugar cómodo en la superficie tersa del colchón. Siento una punzada en mi espalda, donde nace una costilla; es un aguijón que me maltrata. De la inconciencia del sueño a la realidad manifiesta (conciencia), hay solo un instante, es un delgado hilo que fácilmente se ha roto, para entonces despertar. ¿Qué hago a las 5 de la mañana, me tomo una pastilla para dormir, o me bebo una taza de café negro para de plano revivir? Levantado de la cama, con la somnolencia encima, un paso obligado al despertar es el retrete: ovalada, hueca y cómoda silla que sirve para la reflexión y otras necesidades. Hay un murmullo inusual en esta madrugada, lo escucho a la distancia y reclama mi atención. Hoy es 12 de octubre y como cada año en este día, es “a llevada de la Virgen de Zapopan”. Es el traslado de la milagrosa imagen desde la Catedral de Guadalajara hasta su Basílica en Zapopan. En esa posición del Rodin *Le Penseur* y de sopor, mi mente hace un recorrido de antaño. Esos ayeres borrosos, escondidos en el sótano de mi mente, retoman instantes de mi vida ya olvidados. Me levanto para acudir a mi escritorio y escribir una astillita rascada del leño del tiempo, sólo con la finalidad de entregar para tí este escrito.

⁴Tapatío (1950), ex alumno del Seminario Conciliar de Guadalajara, licenciado en Ciencias de la Comunicación.

⁵ El texto fue gentilmente cedido por su autor para publicarse en este *Boletín*.

En la Guadalajara de mi infancia, de 1950 a 1962, al menos en mi barrio de Analco, por la noche sus calles eran obscuridad, no había iluminación pública. Para los que no lo saben, Guadalajara fue fundada el 14 de febrero de 1542, con diferencia de unos pocos meses más fundaron Analco, “al otro lado del río”, como pueblo de indios, ergo (por lo tanto) es el barrio más antiguo de Guadalajara.

Por deducciones más que por la precisión de mi mente, reflexionando sobre las edades de mis hermanos y la mía, puedo asegurar que esta historia que te estoy describiendo se empezó a fraguar el sábado 11 de octubre de 1958, un día antes de la llevada de la Virgen de Zapopan. Yo, el mayor de los hermanos, tenía en ese entonces ocho años, seguían Fernando, de siete, y Jorge, de seis. Había otros hermanos menores que no viene al caso mencionarlos. Mi padre, el médico del barrio, había planeado llevar a sus hijos a la romería de la Virgen de Zapopan.

—¿Qué les voy a preparar de almuerzo para llevar mañana? —preguntó mi mamá Lolita Tapia Arellano.

—Unos tacos de frijoles —contestó mi padre el doctor Federico Vásquez (*sic*) Gómez. No, no es error ortográfico, su acta de nacimiento así registró su apellido: Vásquez, porque así lo escribían su padre, su abuelo y quien sabe quienes más, todos oriundos de los rumbos de Tanhuato y Yurécuaro, del estado de Michoacán. En la lengua castellana, como muchos ya lo saben, la terminación “ez” en los apellidos equivale a decir “hijo de”, y así Hernández hijo de Hernando, Fernández hijo de Fernando, González hijo de Gonzalo, etc. Por lo tanto Vásquez es igual a hijo de Vasco, y éste no se escribe con Z. Así, desde remotos tiempos de la colonia, en el Méjico (*sic*) antiguo, defendían sus apellidos algunos indios purépechas de las regiones de Michoacán que al ser bautizados por el Obispo don Vasco de Quiroga, “Tata Vasco”, tomaron, sin que existiera ascendencia española, el apellido Vásquez en honor al que los bautizó. Con el paso de los siglos, los descendientes de los indios purépechas se fueron haciendo mestizos, en algunos el color de la piel les cambiaba pero el apellido no cambiaba, seguía igual: Vásquez. En la generación mía, fuimos los primeros parientes Vázquez, con dos zetas, porque la señorita secretaria mecanógrafa de la Oficina del Registro Civil dijo que así era lo correcto ortográficamente.

Aclarado lo anterior, retomo el punto central de estas líneas: “a llevada de la Virgen de Zapopan”. En fin, mi padre, “el de una zeta”, quería llevar a sus hijos “de las dos zetas” a la romería el día siguiente.

Enfrente de mi casa estaba la tortillería. Mujeres de brazos gruesos, agitando las palmas de sus manos con cadencioso ritmo para hacer las tortillas, tic-tac-tac, pausa, tic-tac-tac, así era el ritmo de sus canciones hechas de aplausos. Las tortillerías regularmente laboraban hasta las cuatro de la tarde. Por ser 11 de octubre, ese día las tortillerías tenían molida o tanda doble, porque las señoras tortilleras también querían acudir a la romería al día siguiente y no trabajarían el día 12; por tal motivo trabajaban ese único día 11 de octubre hasta las diez de la noche. Todos los parroquianos sabían de eso: “Aviso para usted / habrá molida doble, / haga su compra hoy, / o mañana no come”.

Era octubre, en pleno otoño, la noche empezaba más temprano. Cada mujer atrás de un metate donde tallaba la masa cruda de maíz, la domaba y luego le agregaba un poco de agua para dejarla al punto necesario de consistencia para tortear primero la bolita de masa hasta convertirla en la clásica oblea de tortilla. Las cuatro tortilleras alrededor de un caliente comal de barro, debajo de cuya base resaltaba el fuego de leña que, a través de la puertita de alimentación, pintaba titilante de amarillo rojizo las caras de todos los que en esa noche ahí estaban.

A mí, niño de ocho años, por decisión de mi madre me tocó cruzar la calle para pararme enfrente y aguardar mi turno en la fila para comprar las tortillas.

—¿Cuánto vas a querer, niño? —preguntó la tortillera que despachaba, mientras otras cuatro mujeres aventaban obleas crudas de masa, al mismo tiempo volteaban las tortillas y después con manos rápidas las sacaban para arrojarlas en un chiquigüite (cesto ancho de carrizo o canasta sin asas).

—Dos kilos me dijo mi mamá —a la vez que yo le entregaba a la dueña una servilleta de tela y las monedas de cobre.

—Me saludas a la señora Lolita —me dijo doña Cuca, al tiempo que pesaba y envolvía las tortillas en la servilleta.

Después de cenar: “Ya duérmanse, porque mañana madrugarán, y no lo digan a los más chicos porque ellos no irán a la “llevada””, nos advirtió mi mamá. Ella se quedaría a cuidar a mis hermano. La emoción que nos

causaba el paseo a la romería no nos dejaba conciliar el sueño. En un punto indefinido de tiempo, todos estábamos dormidos... y de pronto mi mamá nos movía: “Despiértate, hijo; ya es hora”, y así, lo mismo para cada uno de mis otros dos hermanos.

HOY TENGO 65 AÑOS CUMPLIDOS Y ME DESPERTÓ UN DOLOR DE ESPALDA.

Ayer, hace 57 años, me despertó mi mamá. La hora, la misma: las cinco de la mañana. El soñador, el mismo; pero el cuerpo ya no, ahora lo tengo maltratado.

En una bolsa de yute, los tacos bien acomodados y envueltos con servilleta para que no se enfriaran. La novedad en 1958 era un termo de vidrio de doble capa al vacío, con su tapa de rosca que hacía las veces de taza. Mi mamá lo llenó de café revuelto con leche azucarada casi hirviendo.

Afuera de mi casa, en la calle, no había nadie, muchos dormían. Un inusual murmullo viajaba desde el centro de la ciudad hasta mi cuadra. Rasgando el silencio llegaban desde la lejanía oleadas de rítmicos sonidos de los tambores de los danzantes.

Salimos de mi casa, unos pasos de venaditos y desde mi barrio de Analco, barrio oscuro, pronto llegamos al centro de la ciudad. Ahí estaba, la majestuosa Catedral con sus dos torres en forma de pico o de dos alcatraces invertidos. En la Plaza de Armas nos mezclamos con un gentío incalculable de romeros, a los que hay que agregar los infaltables comerciantes ambulantes; eran vendedores de tamales, gorditas fritas, atole, café negro, buñuelos, palanquetas y mil antojitos, más otras muchas chucherías; alumbraban sus puestos con mechones de petróleo.

Los danzantes, brincando y bailando, tenían sobre sus cabezas a los pavos reales, sus plumajes abanicaban los aires y tenían en las piernas muchos cascabeles amarrados; un brujo malvado azotaba con su látigo, haciendo estruendo, a los que se arrimaban a su terreno; todos los danzantes les habían clavado a las suelas de sus huaraches unas corcholatas de lámina bien aplanadas, para con el zapateo producir un sonido metálico contra el suelo y marcar el ritmo de la danza.

Todo era fiesta y emoción. Como éramos niños, más que devoción, lo nuestro era diversión. “Hay que apresurarnos para llegar a tiempo hasta la presa de Zoquipan, vamos tomando atajo por la calle de Mezquitán”, nos instruyó mi papá. Mezquitán, otro barrio oscuro, era más oscuro que mi Analco. Adivinando el camino negro, dábamos pasos de niños intrépidos en la seguridad de nuestro guardián, mi papá. Cortamos camino para aventajar y luego nos unimos con el gentío en donde empezaba “a carretera nueva a Zapopan” (hoy la avenida Ávila Camacho). Como venaditos tiernos y nuevos, avanzábamos a paso rápido por la carretera para apartar un buen lugar en alguna lomilla y desde ahí divisar la pasada del carro que iba a transportar a la Virgen. A la ancha carretera le flanqueaban pequeñas lomas terregosas; no había casas, y después de las lomas había campos rasos plagados de matorrales de jaras y algunos árboles.

El plumaje pardo del cielo se clareaba con la salida alegre del sol y nos iluminaba el camino.

En una lomilla con buena posición para ver la pasada de la Virgen, ahí nos apostamos. El que se levanta más temprano, tiene hambre más temprano. A las ocho de la mañana el estómago hacía lo necesario para pedirle a nuestro papá el almuerzo. Acomodados donde se podía, al ras del zacate o sentados sobre una piedra, los sabrosos tacos de frijoles estaban todavía algo tibios. La tapadera del termo era la taza improvisada; una ración de líquido calentito del café con leche azucarada por cada niño y a esperar la pasada de la Virgen. Ya para esos momentos, nos habíamos apoderado millares de personas de la carretera nueva a Zapopan.

“¡Ya vienen, ya vienen!”, gritaba la gente, y a lo lejos se oían las cornetas y los tambores de la guardia de la Virgen.

Delante de la comitiva iba abriendo paso la banda de guerra al golpeteo de las baquetas sobre los cueros tensados de los tambores. De vez en cuando gritaban sus cornetas. Enseguida, marchando a paso sincronizado de “un dos, un dos”, la guardia de mujeres, todas uniformadas de falda y saco de color azul marino con blusa blanca, y en sus manos guantes de tela blanca; ellas eran de todas las edades, desde niñas hasta adultas y alguna que otra atrevida viejita. Varias banderas y pendones como gigantes despeinados por el aire. La guardia de hombres jalaba las dos sogas para dar tracción a la

troca que tenía su motor apagado y la parte de carga descubierta. Ahí, en la parte de atrás, un altar, y en la parte superior del altar, “a Generala”, título concedido a la Virgen de Zapopan. La pequeña imagen de la Virgen casi se perdía entre una pradera de flores. Delante de la troca caminaban con sus hábitos de sayal café los hijos más jóvenes de San Francisco; los viejos o de mayor rango clerical en la cabina de la troca, o atrás en la plataforma. También iban algunos sacerdotes del clero secular. Después del carro de la Virgen, venían los danzantes, y muchos jinetes en sus caballos. Era mucho esfuerzo para unos diez minutos que tardaba en pasar la larga comitiva con la imagen de la Virgen, pero la devoción de los tapatíos justificaba el esfuerzo realizado. En esa tumultuosa romería, siempre algún niño se perdía y siempre sus papás lo encontraban. En cambio, los tres venaditos Vázquez, siempre a la vista de su papá, nunca nos perdimos.

Desde la presa de Zoquipan, a distancia de un kilómetro, al poniente, en lo alto de la loma, se asentaba la Villa de Zapopan, sobresaliendo las dos torres de la basílica, y sus campanas se agitaban haciendo señales de saludos. Los coheteros al aireregonaban la llegada de la venerada imagen de la Virgen a su propia casa. Flotaba una aureola de palomas espantadas por los truenos, todas circulaban los aires en perfecta sincronía alrededor de los campanarios.

Una vez que pasó la Virgen donde nosotros estábamos, entonces sobre el terreno yermo, los tres hermanitos Vázquez corríamos en las orillas de la presa de Zoquipan. Mi padre, sentado a la sombra de un árbol, disfrutaba de la felicidad de sus hijos. Parecíamos incansables venaditos; pero no, a eso de la una de la tarde, el sol ya estaba en todo lo alto, era la hora de iniciar el tortuoso regreso. En ese lugar donde estábamos no pasaba el transporte público, debido a los romeros que se amontonaban en toda la carretera. Teníamos que caminar pie a suelo para el regreso hasta la calle de Mezquitán, donde llegaban los camiones.

“¡Papá tengo sed, papá tengo sed!” , éramos un coro de tres niños. Ni una llave de agua, ni una *soda* o refresco, el despiadado sol nos castigaba. Después de unos dos o tres kilómetros y una larga fila logramos subirnos al camión que nos llevaría hasta nuestro barrio de Analco. Por fin ya veníamos de regreso. Sudados, los venaditos estaban exangües. El más chico, Jorge, dormido en la banca del camión. Llegamos a casa y mi mamá, Lolita, mimó a

sus venaditos: primero, a empanzarse de agua azucarada con jugo de limón; luego, a comer, y después a dormir un rato por la tarde, y el dormirnos no lo hacíamos por gusto, era por mera necesidad física: los venaditos cansados y desvelados no daban para más.

Esta historia es idéntica a muchas otras historias de tapatíos de esos tiempos de la década de 1950 y también es parecida esta historia a la de los tapatíos de los tiempos actuales. Visiones difuminadas por el tiempo, y hoy que tengo los 65 años en este año de 2015, sólo son recuerdos, recuerdos de mi infancia. Pero hoy me pregunto: ¿dónde está mi mamá, Lolita?, ¿dónde está mi papá, Federico?, ¿y dónde están mis dos hermanos menores, Fernando y Jorge? Todos ya están fallecidos. Ellos ya no pueden dar testimonio de una tradición llena de religiosidad y folclore. Pero yo estoy aquí, hasta hoy presente, y doy constancia de una “llevada de la Virgen de Zapopan” para las generaciones venideras.

Yo, Federico, el Poeta de Analco.

